



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

El espacio en los "Comentarios Reales de los Incas" del Inca Garcilaso de la Vega (1539 - 1616)

Autor:

Laura Oliveto y Marta N. Penhos

Revista:

Estudios e investigaciones

1989, 2, 55-105

Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

**EL ESPACIO EN LOS "COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS"
DEL INCA GARCILASO DE LA VEGA (1539-1616)**

**Laura Oliveto
Marta N. Penhos**

Introducción:

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada con motivo del seminario dictado por el Dr. José Emilio Burucúa en el segundo cuatrimestre del año 1986, sobre el tema "El concepto de espacio y la experiencia artística en España, Portugal e Iberoamérica. Siglos XV-XIX". Tal investigación se centró en la primera parte de los Comentarios Reales de los Incas, obra del Inca Garcilaso de la Vega, cuya primera edición data de 1609.

La mayoría de los autores consultados coinciden en la filiación renacentista de nuestro cronista y son muchas las pruebas que esgrimen a favor de esta posición: la más importante es su formación literaria, claramente humanista, de la cual deriva una fuerte influencia neoplatónica. Sin embargo, algunos señalan elementos barrocos que muestran al Inca como una figura de transición. Dentro de estos elementos, el desengaño y la consiguiente pérdida del optimismo propio del Renacimiento, sería lo más sobresaliente. Sea como fuere, creemos que en su obra Garcilaso se presenta como un hombre de pensamiento europeo, específicamente moderno, aunque ciertos rasgos que analizamos en el curso de nuestro trabajo, otorgan a ese pensamiento un matiz peculiar. Esto último hace que sea forzado ubicar a Garcilaso simplemente como un europeo nacido en el Perú.

Dentro de esta premisa general, trabajamos la hipótesis de que, a través del tratamiento que el cronista hace del espacio americano, se refleja su condición de "europeo atípico". Asimismo, el espacio como elemento susceptible de análisis en los Comentarios, podía ser útil para confirmar, por una parte, un esquema ideal de corte neoplatónico al que Garcilaso se atiene para escribir su obra y, por otra, el propósito más personal, aunque también enlazado con corrientes de la época, de presentar el mundo inca en forma superlativa. Las categorías europeas

propias de uno y otro, son confrontadas por el Inca con contenidos por completo ajenos a la realidad europea.

En una primera etapa abordamos la lectura y fichado de los Comentarios en su totalidad. A través del análisis de lo fichado y de una lectura de la bibliografía, surgieron los elementos que nos llevaron a la formulación de las hipótesis que fueron luego confrontadas con la fuente.

Para la realización del trabajo manejamos dos ediciones de los Comentarios; una de ellas reproduce el texto de la Príncipe (Lisboa, 1609) con las modificaciones ortográficas introducidas por el Dr. Angel Rosenblat en 1943 y en general preserva la grafía original, propia del castellano de la época (bibliografía 16). A los efectos de lograr una mayor claridad en la lectura, preferimos transcribir las citas a partir de la otra edición, en la que la grafía está modernizada (bibliografía 15).

I. DATOS BIOGRAFICOS DEL INCA GARCILASO DE LA VEGA

1539 El 12 de abril nace Gómez Suárez de Figueroa (así fue bautizado), hijo del Capitán Garcilaso de la Vega y de la Ñusta Isabel Chimpu Ocllo, quienes jamás formalizaron esta relación de hecho. Años más tarde, el conquistador casó con una dama española de alcurnia, y de su unión nacieron dos hijas.

Pocos años antes de su nacimiento, había vivido el Imperio Incaico los enfrentamientos entre el usurpador Atahualpa y el legítimo heredero Huáscar, aprovechando los cuales pudieron los españoles someterlo. En torno a la fecha del nacimiento del Inca estalla la guerra civil entre los mismos conquistadores, agrupados en pizarristas y almagristas. Su padre, cuya conducta fue motivo de muchas críticas, ya que cambió varias veces de bando, fue un activo protagonista de estos últimos hechos. Gran parte de la infancia del Inca está signada por los sobresaltos que vivió su familia a causa de estos acontecimientos.

Su padre se ocupó de su educación y con otros vástagos de españoles e indias tomó lecciones de gramática y retórica y se inició en el manejo de las armas.

El período que va desde su nacimiento hasta su partida a España coincide con la etapa de conquista y puede decirse que no vivió directamente la organización colonial posterior.

Durante su adolescencia realizó viajes por el Tahuantinsuyu.

- 1560 Viaja a España, movido por el deseo de reivindicar el nombre de su padre y de recuperar su herencia. Es recibido por sus parientes, quienes lo apoyaron en sus gestiones ante la Corte. Sin embargo, el Consejo de Indias fallará en su contra y, decepcionado, se alistará en el Ejército.

A partir de estos hechos, comienzan a escasear los datos seguros sobre sus movimientos. Sabemos que luchó en Flandes y que participó en la campaña de Granada. Más tarde lo encontramos en Montilla, donde trabó relaciones comerciales con el poeta Góngora.

Ya maduro, se recluye en un convento de Córdoba y toma las órdenes menores. Allí nace su tardía vocación literaria.

- 1590 Lleva a cabo una traducción de los **Dialoghi d'Amore** del neoplatónico Yehudá Abrabanel, conocido como León Hebreo. Tal traducción del toscano al castellano es considerada aún hoy como la mejor. Se cree que también hizo una versión en quechua, ya que afirma en el prólogo que la obra fue llevada a varios idiomas, incluso a la "lengua general del Perú". Los **Diálogos de Amor** fueron dedicados a Felipe II, quien los recibió con beneplácito y en general tuvieron buena acogida, lo que motivó una importante difusión.

- 1591 Termina de pulir **La Florida del Inca, Historia del Adelantado Hernando de Soto, Gobernador y Capitán General del Reino de la Florida, y de otros heroicos caballeros españoles e indios.**

Un poco anterior es la **Relación de la descendencia de Garcí Pérez de Vargas**, en la que traza su árbol genealógico.

1609 Se edita en Lisboa la **Primera Parte de los Comentarios Reales**, que tratan del origen de los Incas Reyes, que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno, en paz y en guerra; de sus vidas y conquistas, de todo lo que fue aquel Imperio y su República, antes que los españoles pasaran a él.

El Inca dedicó esta obra a la Princesa Catalina de Portugal.

La gestación de esta Primera parte, como también de la Segunda, data de varios años atrás, ya que Garcilaso las anuncia en el Libro 6° de **La Florida**, aclarando que gran parte ha sido redactada.

1616 Muere en Córdoba el 22 de abril. En el epitafio, que él mismo redactó, se declara "ilustre en sangre, perito en letras, valiente en armas".

1617 En Córdoba se publica la **Segunda Parte de los Comentarios Reales**, más conocida como **Historia General del Perú**, trata del descubrimiento de él y cómo lo ganaron los españoles. Las guerras civiles que hubo entre los Pizarros y Almagros sobre la partija de la tierra. Castigo y levantamiento de tiranos y otros sucesos particulares que en la historia se contienen.

II. LA COSMOGRAFIA DE LOS COMENTARIOS

...Después que se descubrió el Nuevo Mundo, nos ha desengañado de la mayor parte de estas dudas (...). Digo que a lo primero se podrá afirmar que no hay más que un mundo, y aunque llamamos Mundo Viejo y Mundo Nuevo, es por haberse descubierto éste nuevamente para nosotros y no porque sean dos sino todo uno. Y a los que todavía imaginaren que hay muchos mundos, no hay para qué responderles, sino que estén en sus heréticas imaginaciones hasta que en el infierno se desengañen de ellas. Y

a los que dudan (...) si es llano o redondo se podrá satisfacer con el testimonio de los que han dado vuelta todo él (...). Y a lo del cielo si también es llano o redondo, se podrá responder con las palabras del Real profeta: Extendens coelum, sicut pelllem, en las cuales nos quiso mostrar la forma y la hechura de la obra, dando la una por ejemplo de la otra, diciendo: que extendiste el cielo así como la piel, esto es cubriendo con el cielo este gran cuerpo de los cuatro elementos en redondo". (Libro 1, Cap. I).

Intentaremos ubicar el pensamiento de Garcilaso, a través de estos pasajes, dentro de las concepciones filosóficas de su época. Sigue una modalidad propia de los "antiguos filósofos (...) y los modernos" al comenzar su obra tratando problemas cosmográficos. Y parece confirmar su identidad como intelectual, ya que, como aquéllos, también él presenta su "opinión". A causa de esto y de la brevedad con que expone estas cuestiones, pareciera que nos encontramos ante un tópico más. Sin embargo, el ardor que pone en ello nos habla de la importancia capital que, dentro de los Comentarios, tienen los primeros capítulos (bibliogr. 2, 13).

Garcilaso no aporta ninguna novedad en cuanto a la representación del mundo, ya que se inscribe en el marco de las concepciones aristotélico-ptolemaicas en boga en su tiempo. Su tierra rodeada del cielo a modo de envoltura no hace más que repetir el esquema propio del sistema de las esferas que, por otra parte, ni siquiera Copérnico había puesto en duda. Hay que considerar que **El Mensajero de los Astros** de Galileo recién aparecerá en 1610 (1).

Desde la Antigüedad hasta el S. XV se manejaron básicamente dos concepciones morfológicas de la tierra: una que la presentaba esférica y que consistía en una construcción mental sin comprobar, formulada primero por Eudoxo (S. IV a.C.) dentro de un sistema de esferas concéntricas que luego perfeccionarían Calipo y Aristóteles; la otra, de origen egipcio y mesopotámico, consideraba la existencia de un plano, la tierra, sostenido por columnas, elefantes u otras bestias, dioses, etc. El cielo, también plano, se suspendía sobre la tierra, con soportes simila-

res. Esta última concepción, en apariencia rebuscada, se basaba en realidad en la intuición directa del espacio perceptivo y sus límites y coincidía en principio con una comprobación empírica.

A partir del descubrimiento de América, como muy bien lo recalca Garcilaso, la construcción intelectual de un mundo esférico fue la que finalmente encontró una confirmación empírica, aunque de todas formas la concepción plana se hallaba ya muy desprestigiada en medios intelectuales y subsistía sobre todo en estratos populares. El hallazgo geográfico estaba llamado, en definitiva, a cambiar la visión del Universo. Es interesante el hecho de que el cronista considere prueba suficiente de la esfericidad de la tierra el testimonio de quienes la habían circundado.

Luego de afirmar la esfericidad del mundo, el Inca se aboca a defender la idea de su unidad. América, dice, no es más que una parte hasta entonces no conocida de un único mundo. Es aquí donde debemos detenernos a considerar el significado que para Garcilaso tiene esta postura que, como ya notamos, defiende con vehemencia (2). Resulta necesario remitirse a la traducción de los *Dialoghi d'Amore*, en los que el cronista parece haber bebido gran parte de su inspiración neoplatónica. León Hebreo presenta allí dos mitos: uno, bíblico, es el de la creación de la mujer partir del hombre; el otro, que proviene de Platón, es el del andrógino que luego es separado en dos seres de distinto sexo. Los dos mitos explican la fuerza irresistible del amor que hace que cada parte busque a la otra para recuperar la perdida unidad. En el pensamiento del Inca, la conquista se presenta como un proceso análogo en el que Europa, la parte masculina, halla a su complementaria. América, la parte femenina. Para Garcilaso este proceso es de carácter ideal, ya que percibe claramente que la descripción de la realidad acontecida escapa completamente al esquema. El motor del movimiento inevitable de una parte hacia la otra es la Providencia: "...para que cuando ese mismo Dios, sol de justicia, tuviese por bien de enviar la luz de sus divinos rayos a aquellos idólatras, los hallase no tan salvajes, sino más dóciles para recibir la fe católica, y la enseñanza de nuestra santa madre iglesia romana..." (Libro 1, Cap. XV).

(Dice Huaina Capac antes de morir) "Muchos años hace que por revelación de Nuestro Padre el Sol tenemos que pasados doce reyes de sus hijos, vendrá gente nueva y no conocida en estas partes, y ganará y sujetará a su imperio todos nuestros reinos y otros muchos; yo me sospecho que serán de los que sabemos que han andado por la costa de nuestro mar, será gente valerosa que en todo os hará ventaja. También se cumple en mí el número de los doce Incas. Certifícoos que pocos años después que yo me haya ido de vosotros, vendrá aquella gente nueva y cumplirá lo que Nuestro Padre el Sol nos ha dicho (...). Yo os mando que les obedezcáis y sirváis como a hombres que en todo os harán ventaja; que su ley será mejor que la nuestra y sus armas poderosas e invencibles..." (Libro 9, Cap. IX). Como vemos, el sesgo providencialista está reforzado con la inclusión de premoniciones y profecías incas (3).

Este mundo único que Garcilaso nos presenta es habitable en su totalidad: "A los que afirman que de las cinco partes del mundo que llaman zonas, no son habitables más que las dos templadas, y que la del medio por su excesivo calor, y las dos de los cabos por el demasiado frío son inhabitables y de la una zona habitable no se puede pasar a la otra habitable, y por el calor demasiado que hay en el medio, puedo afirmar demás de lo que todos saben, que yo nací en la tórrida zona, que es en el Cozco (...) y para venir a esta otra templada de la parte del Norte (...), pasé por la tórrida zona (...), por lo cual digo que es habitable la tórrida también como las templadas. De las zonas frías (...) remítome a los que saben de ellas más que yo (...). En buena consideración no es de imaginar, cuanto más de creer, que partes tan grandes del Mundo las hiciese Dios inútiles, habiéndolo criado todo para que lo habitasen los hombres..." (Libro 1, Cap. I). Para su afirmación Garcilaso se apoya en su propia experiencia y en un supuesto religioso o, más bien, del sentido común. Este tema de la habitabilidad del mundo se relaciona con un problema de larga data en la literatura cristiana, el de las antípodas, al que el cronista dedica un capítulo entero que titula precisamente "Si hay antípodas". "A lo que se dice si hay antípodas o no, se podrá decir que siendo el mundo redondo, como es notorio, cierto es que las hay. Empero tengo para mí que por no estar este mundo superior descubierto del todo, no se puede saber de cierto cuáles provincias sean

antípodas de cuales..." (Libro 1, Cap. II). Desde los primeros siglos de nuestra era, la teología negaba la existencia de las antípodas. San Agustín, considerando la posibilidad de una tierra redonda, no desechaba que hubiera partes geográficas opuestas a las conocidas, pero descartaba totalmente su habitabilidad. Esta doctrina fue ardientemente defendida por la Iglesia durante la Edad Media, a punto tal de haber habido procesos por herejía a miembros que sostenían lo contrario. Pero ya a fines del S. XIV Pierre D'Ailly va a reclamar que tales ideas sean comprobadas por los hechos (4). El descubrimiento de América puso fin definitivamente a esta polémica, pero abriría otras, como la del origen del hombre americano: "Por donde hayan pasado aquellas gentes tantas y de tan diversas lenguas y costumbres como las que en el Nuevo Mundo se ha hallado, tampoco se sabe de cierto, porque si dicen por la mar en navíos, nacen inconvenientes acerca de los animales que allá se hallan, sobre decir ¿cómo o para qué los embarcaron, siendo algunos de ellos antes dañosos que provechosos? Pues decir que pudieran ir por tierra también nacen otros inconvenientes mayores, como es decir, que si llevaron los animales que allá tenían domesticados ¿por qué no llevaron de los que acá quedaron (...)? ¿cómo no quedaron acá de los que llevaron? Y lo mismo puede decirse de las mieses, legumbres y frutas (...)" (Libro 1, Cap. I).

Toda esta primera parte tiene, entonces, para el Inca un doble significado: por un lado le sirve para introducir su obra en el circuito intelectual de la época, ya que como él mismo declara "parece que fuera justo, conforme a la común costumbre de los escritores" tratar cuestiones que aún formaban parte de arduas discusiones. Por otro lado, las respuestas que da a esas cuestiones, le posibilitan trazar el esquema ideal sobre el cual va a trabajar a lo largo de los Comentarios. Aunque hicimos ya alguna referencia a tal esquema, conviene precisar que, partiendo de un modelo historiográfico en boga en la España del S. XVI, la historia novelada (muy utilizada por el cronista de Carlos V, Juan Antonio de Guevara), Garcilaso incluye en él dos elementos claves: la tesis neoplatónica de la unidad del mundo por obra del amor y el Providencialismo que, basándose en la **praeparatio evangelica** de Eusebio de Cesárea (S. IV), desarrolla Garcilaso no sólo para justificar la conquista sino más fundamen-

talmente para presentar la civilización inca como portadora de los valores europeos en grado superlativo.

III. LA CULTURA INCAICA EN LOS COMENTARIOS

Una primera aproximación a lo señalado más arriba nos la da el cronista al relatar una serie de leyendas o "fábulas históricas" que dan cuenta del origen de su pueblo, los incas (Libro I, Cap. VIII al XVIII). Si bien todas las fuentes que utiliza para reconstruir el pasado legendario incaico son de carácter oral, hace una discriminación de acuerdo a la procedencia, jerarquizando claramente las narraciones recogidas de sus parientes maternos en su niñez y adolescencia. La importancia que les asigna tiene dos motivos: en primer lugar, se trata de un saber restringido, transmitido de generación en generación en el seno de las familias nobles, a cuya rama principal pertenece el mismo Garcilaso; en segundo lugar es una "relación" de primera mano, prestigiada por la ancianidad del informante, tío abuelo del cronista. "...después de haber dado muchas trazas, y tomando muchos caminos para entrar a dar cuenta del origen y principio de los Incas, reyes naturales que fueron del Perú, me pareció que la mejor traza y el camino más fácil y llano era contrar lo que en mis niñeces oí muchas veces a mi madre y a sus hermanos y tíos, y a otros sus mayores, acerca de este origen y principio; porque todo lo que por otra parte se dice de él, viene a reducirse en lo mismo que nosotros diremos, y será mejor que se sepa por las propias palabras que los Incas lo cuentan, que no por la de otros autores extraños" (Libro I, Cap. XV). "En estas pláticas yo como muchacho, entraba y salía muchas veces donde ellos estaban, y me holgaba de las oír, como huelgan los tales de oír fábulas. Pasando, pues, días, meses y años, siendo yo ya de dieciséis o diecisiete años, acaeció que estando mis parientes un día en esta su conversación, hablando de sus reyes y antiguallas, al más anciano de ellos, que era el que daban cuenta de ellas, le dije: 'Inca, tío...' (el muchacho pregunta largamente sobre lo que le interesa)" (Libro I, Cap. XV). "Otras cosas semejantes, aunque se hacían (...); y pésame de no haberle preguntado otras muchas para tener ahora noticias de ellas, sacadas de tan buen archivo para escribirlas aquí"(Libro I, Cap. XVII).

Luego de haber volcado esta información privilegiada en los Comentarios, nos dice Garcilaso que "otra fábula cuenta la gente común del Perú del origen de sus reyes Incas (...)". A pesar de que las dos leyendas que refiere en el Capítulo XVIII del Libro I son populares, el Inca las distingue por la localización geográfica de quienes las narran: "...y son los indios que caen al mediodía del Cozco, que llaman Collasuyu, y los del poniente, que llaman Cuntisuyu". "Otra manera del origen de los Incas cuentan semejante a la pasada, y éstos son indios al levante y al norte de la ciudad del Cozco". Estas fuentes requieren de una interpretación: "...y aún esto lo dicen por tantos rodeos, tan sin orden y concierto, que más se saca por conjeturas de lo que querrán decir, que por el discurso y orden de sus palabras". Si bien algunas de estas fábulas pueden parecer "disparates", encuentran una justificación, ya que "y de esta manera son todas las historias de aquella antigüedad; y no hay que espantarnos de que gente que no tuvo letras con que conservar la memoria de sus antiguallas, trate de aquellos principios tan confusamente; pues los de la gentilidad del mundo viejo, con tener letras y ser tan curiosos en ella, inventaron fábulas tan dignas de risa, y más que esotras (...), y también se pueden cotejar las de la una gentilidad con las de la otra, que en muchos pedazos se remedan, y asimismo tienen algo semejante a la historia de Noé, como algunos españoles han querido decir, según veremos luego" (Libro I, Cap. XVIII). Esta homologación de los incas con griegos y romanos se liga con otro tema caro al Inca, el de la civilización como expresión de una cultura superior y como valor digno de ser transmitido. Tema que, por otra parte, se abre en dos direcciones no opuestas sino convergentes: se trata de comparar a los incas con el mundo occidental y con los demás pueblos americanos sometidos por ellos. Si nos manejamos con los conceptos de "alteridad" e "identidad" (bibliogr. 28), podemos decir que, respecto de Occidente hay para Garcilaso una relación de "identidad superlativa" y respecto de los pueblos americanos nos presenta el cronista una relación de "alteridad superlativa"; realmente los americanos son los "otros", los "bárbaros". Notemos, además, que son siempre los incas los depositarios de los valores superlativos.

La función cultural del Imperio Inca se manifestaba en sus

dos aspectos fundamentales, el civil y el religioso: "Viviendo y muriendo aquellas gentes de la manera en que hemos visto, permitió Dios Nuestro Señor que de ellos mismos saliese un lucero del alba (audaz designación ya que así se llama a sí mismo Cristo en el Apocalipsis, bibliogr. 13), que en aquellas escurísimas tinieblas les diese alguna noticia de la ley natural, y de la urbanidad y respetos que los hombres debían tenerse unos a otros, y que los descendientes de aquel, procediendo de bien en mejor, cultivasen a aquellas fieras y las convirtiesen en hombres haciéndoles capaces de razón y de cualquiera buen doctrina..." (Libro I, Cap. XV).

Son muchos los pasajes que el Inca dedica a reforzar la idea providencialista. En algunos, los incas parecen haber tenido una prefiguración del cristianismo:

-Culto monoteísta: "Rastrearón los Incas al verdadero Dios Nuestro Señor. Además de adorar al Sol por dios visible (...), los reyes Incas y sus **amautas**, que eran los filósofos, rastrearón con lumbré natural al verdadero sumo Dios y Señor Nuestro que crió el cielo y la tierra, como adelante veremos en los argumentos y sentencias que algunos de ellos dijeron de la divina Majestad, al cual llamaron Pachacamac; es nombre compuesto de **pacha**, que es mundo universo, y de **camac**, participio del presente del verbo **cama**, que es animar; el cual verbo se deduce del nombre **cama** que es ánima: Pachacamac quiere decir el que da ánima al mundo universo, y en toda su propia y entera significación, quiere decir el que hace con el universo lo que el ánima con el cuerpo (...). Tenían este nombre en gran veneración, que no le osaban tomar en la boca (...). Tuvieron al Pachacamac en mayor veneración interior que al sol, que, como he dicho, no osaban tomar su nombre en la boca, y al sol lo nombraban a cada paso (...). ...decir que el Dios de los cristianos y el Pachacamac era todo uno, dijo verdad; porque la intención de aquellos indios fue dar este nombre al sumo Dios que da vida y ser al universo..." (Libro II, Cap. II). "...como lo escriben todos los historiadores, los Incas reyes del Perú, con la lumbré natural que Dios les dió, alcanzaron que había un Hacedor de todas las cosas, al cual llamaron Pachacamac, que quiere decir el hacedor (...). Decían que era invisible y que no se dejaba ver,

y por esto no le hicieron templos ni sacrificios como al sol, más de adorarle interiormente con gran veneración" (Libro VI, Cap. XXX). Tenemos aquí una nueva, aunque no explícita, comparación con la cultura occidental, ya que los incas aparecen, como los hebreos, adorando un dios invisible e innombrable.

-Inmortalidad del alma: "Tuvieron los Incas amautas que el hombre era compuesto de cuerpo y ánima, y que el ánima era espíritu inmortal, y que el cuerpo era hecho de tierra porque le veían convertirse en ella, y así le llamaban **allpacamasa** que quiere decir tierra animada (...). Creían que había otra vida después de ésta, con penas para los malos y descanso para los buenos. (...) Tuvieron asimismo los Incas la resurrección universal, no para gloria ni pena, sino para la misma vida temporal, que no levantaron el entendimiento a más que esta vida presente" (Libro II, Cap. VII).

-Muerte como vuelta al Padre: "(Las enfermedades de los reyes) no las tuvieron por enfermedades, como las de la gente común, teníanlas por mensajeros, como ellos decían, de su padre el sol que venían a llamar a su hijo para que fuese a descansar con él al cielo" (Libro II, Cap. VIII).

Veamos ahora cómo son los pueblos a los que los incas imponen sus prácticas religiosas y su civilización: "...diremos cómo vivían antes de los Incas, y luego diremos cómo gobernaron aquellos reyes, para que no se confunda lo uno con lo otro, ni se atribuyan las costumbres ni los dioses de los unos a los otros. Para lo cual es de saber, que en aquella primera edad y antigua gentilidad, unos indios había poco mejores que bestias mansas, y otros mucho peores que fieras bravas; y principiando de sus dioses, decimos, que los tuvieron conforme a las demás simplicidades y torpezas que usaron, así en la muchedumbre de ellos, como en la vileza y bajeza de las cosas que adoraban (...); y porque no supieron, como los gentiles romanos, hacer dioses imaginados, como la esperanza, la victoria, la paz y otros semejantes, porque no levantaron los pensamientos a cosas invisibles, adoraban lo que veían (...), sin consideración de las cosas que adoraban, si merecían ser adorados, ni respeto de sí propios para no adorar cosas inferiores a ellos; (...) y así adoraban

yerbas, plantas, flores, árboles de todas suertes, cerros altos, grandes peñas y los resquicios de ellas; cuevas hondas, guijarros y piedrecitas, las que en los ríos y arroyos hallaban de diversos colores, como el jaspe" (Libro I, Cap. IX). "Que en Chuquisaca, en aquella primera edad y antigua gentilidad, antes del imperio de los reyes Incas, lo adorasen por Dios (el estiércol), no me espantaría; porque, como queda dicho, entonces adoraban otras cosas tan viles, mas no después de los Incas, que las prohibieron todas" (Libro II, Cap. V).

Estas descripciones se ven suavizadas cuando Garcilaso hace una nueva comparación: "En la cual idolatría, y en la que antes de ellos (los incas) hubo, son mucho de estimar aquellos indios, así los de la segunda edad como los de la primera, que en tanta diversidad y tanta burlería de dioses como tuvieron no adoraron los deleites ni los vicios, como los de la antigua gentilidad del mundo viejo, que adoraban a los que ellos confesaban por adúlteros, homicidas, borrachos, y sobre todo el Priapo, con ser gente que presumía tanto de sus letras y su saber, y esta otra tan ajena de toda buena enseñanza" (Libro II, Cap. V). Como vemos, aquí el mundo americano es una unidad en la cual Garcilaso discrimina el antes y después de los incas pero no para contraponer esas etapas entre sí sino ambas con las fuentes de la cultura europea.

Sin embargo esta idílica unidad americana no dura mucho y en toda la obra el cronista se preocupa de mostrar la barbarie de la "primera edad" para justificar la acción política y religiosa de los incas: "Conforme a la vileza y bajeza de sus dioses, era también la crueldad y barbariedad de los sacrificios de aquella antigua idolatría; pues sin las demás cosas comunes, como animales y mieses, sacrificaban hombres y mujeres de todas las edades, de los que cautivaban en las guerras que unos se hacían. Y en algunas naciones fue tan inhumana esta crueldad, que excedió a las de las fieras, porque llegó a no contentarse con sacrificar los enemigos cautivos, sino sus propios hijos, en tales o tales necesidades" (Libro I, Cap. XI). "(los indios chirihuanos) eran brutísimos, peores que bestias fieras que no tenían religión ni adoraban cosa alguna, que vivían sin ley ni buenas costumbres sino como animales por las montañas sin pue-

bárbaro que otro vicio alguno. Puso pena de muerte a los adúlteros y a los homicidas y ladrones. Mandóles que no tuviesen más de una mujer, y que se casasen dentro en su parentela, porque no se confundiesen los linajes, y que se casasen de veinte años arriba, porque pudiesen gobernar sus casas y trabajar en sus haciendas. Mandó recoger el ganado manso que andaba por el campo sin dueño; de cuya lana los vistió a todos, mediante la industria y enseñanza que la reina Mama Ocllo Huaco había dado a las indias en hilar y tejer. Enseñóles hacer el calzado que hoy traen, llamado *usuta*. Para cada pueblo o nación de las que redujo, eligió un *curaca* (...) que quiere decir señor de vasallos (...). Mandó que los frutos que en cada pueblo se recogían se guardasen en junto, para dar a cada uno lo que hubiese menester hasta que hubiese disposición de dar tierras a cada indio en particular" (Libro I, Cap. XXI).

Como ya dijimos, los reyes Incas continuaron esta obra civilizadora: "(El Inca Pachacutec) mandó edificar templos en honor y reverencia del sol (...) y también se fundaron casas de las vírgenes escogidas (...). Mandó hacer muchas fortalezas en las fronteras (...). Asimismo pósitos en los pueblos (...) donde se guardasen los bastimentos para los años de necesidad (...). Ordenó muchas leyes (...) arrojándose a las costumbres antiguas de aquellas provincias (...) porque todo lo que no era en contra de su idolatría ni contra las leyes comunes tuvieron por bien aquellos Incas dejarlo usar a cada nación como lo tenían en su antigüedad, porque no les pareciese que los tiranizaban, sino que los sacaban de la vida ferina y los pasaban a la humana" (Libro VI, Cap. XII). No podemos dejar de notar la forma en que se manifiesta también la superioridad de los incas, a través del respeto por costumbres indígenas que no contradecían sus nuevas disposiciones. Esto lleva inevitablemente a la comparación con los españoles (comparación que Garcilaso no hace aquí pero que está presente de todas formas), quienes, como veremos más adelante, destruyeron gran parte de la obra incaica, fundamentalmente por haber ignorado sus valores positivos.

La excelencia de las leyes incas es subrayada por Garcilaso al citar largamente un pasaje del Padre Blas Valera, que las enumera una por una, explicando su contenido. Mencionaremos úni-

camente los títulos: "Tuvieron la ley municipal (...), la ley agraria (...), ley común (...), ley de la hermandad (...), la ley que llamaban **mitachanacuy** (...), ley sobre el gasto ordinario (...), la ley en favor de los que llamaban pobres (...), ley que llaman **corpahuasi** (...), otra ley llamada casera" (Libro V, Cap. XI). Esto es una aproximación a la diversidad de aspectos reglamentados por los códigos incas. No es casual tampoco que el Inca vuelque el siguiente pasaje de Valera (mestizo como él): "Porque se han perdido estas leyes y derechos, o la mayor parte de ellos, y el gobierno de los Incas, tan político y tan digno de loor; y como es mayor la barbaridad que ahora tienen los indios para las cosas ciudadanas, y mayor falta y carestía de las cosas necesarias para la vida humana que no la tuvieron los de aquellos tiempos" (Libro V, Cap. XI).

Garcilaso considera fundamental como rasgo de civilización, el urbanismo: "En la manera de sus habitaciones y pueblos tenían aquellos gentiles la misma barbaridad que en sus dioses y sacrificios. Los más políticos tenían sus pueblos poblados sin plazas, ni orden de calles, ni de casas, sino como un recogedero de bestias. Otros, por causas de las guerras que unos a otros se hacían, poblaban en riscos y peñas altas a manera de fortaleza (...). Otros, en chozas derramadas por los campos, valles y quebradas (...). Otros vivían en cuevas debajo de tierra, en resquicios de peñas, en huecos de árboles (...) y así como animales" (Libro I, Cap. XII). El primitivismo se advierte entonces en la falta de organización urbana. La preocupación por el ordenamiento urbanístico sobresale cada vez que Garcilaso consigna la serie de acciones que los reyes Incas realizaban con los sometidos a fin de sacarlos "de la vida ferina" y pasarlos "a la humana". Como ejemplo de esto: "(El Inca Pachacutec) mandó que las caserías y chozas derramadas por los campos se redujesen a pueblos de calles y vecindad" (Libro VI, Cap. XIV). "(El Inca Yahuar Huacac) envió dos veces a visitar el reino a cuatro parientes suyos (...), mandó que hiciesen las obras que conviniere al honor del Inca y al beneficio común de los vasallos, como era sacar nuevas acequias, hacer pósitos y cosas reales y fuentes y puentes y calzadas y otras obras semejantes (...)" (Libro IV, Cap. XXI).

Toda gran cultura se precia de sus obras materiales y son abundantes en los Comentarios las descripciones de casas, templos, acequias, etc. Sin embargo, lo que aquí nos interesa resaltar es el valor que el cronista asigna a algunas de estas obras como expresión de una civilización superior. El Inca dedica a la fortaleza de Sacsahuamán tres extensos capítulos en los que la describe detalladamente citando además los comentarios que a su respecto hicieron cronistas españoles, confirmando la magnificencia y grandeza de la construcción: "La fortaleza de Cozco, cuyas grandezas son increíbles a quien no las ha visto y mirado con atención, le hacen imaginar y aún creer que han sido hechas por vía de encantamiento y que los hicieron demonios y no hombres, porque la multitud de las piedras, tantas y tan grandes, como las que hay puestas en las tres cercas (que más son peñas que piedras), causa admiración imaginar cómo las pudieron cortar de las canteras de donde se sacaron (...). Muchas de ellas llevaron de 10, 12, 15 leguas, particularmente la piedra que llaman Saicusca (cansada); se sabe que la trajeron de 15 leguas de la ciudad y que pasó el río Yúcay (...). Pues pasar adelante con la imaginación y pensar cómo pudieron ajustar tanto unas piedras tan grandes que apenas pueden meter la punta de un cuchillo por ellas, es nunca acabar. Muchas de ellas están tan ajustadas que apenas si aparece la juntura (...). Porque no tuvieron escuadra ni supieron siquiera valerse de una regla para asentarla encima de una piedra y ver por ella si estaba ajustada por la otra. Tampoco supieron hacer guías ni garruchas ni otro ingenio alguno que les ayudara a subir y bajar las piedras, siendo ellas tan grandes que espantan, como lo dice el muy Reverendo Padre Acosta hablando del mismo tema (...). Porque lo más maravilloso de aquel edificio es la increíble grandeza de sus piedras ...)" (Libro VII, Cap. XXVII). Garcilaso resalta el hecho de que las descripciones que se pueden hacer no alcanzan a reflejar en lo más mínimo lo que el espectador siente al contemplar aquellas obras. Además, va más allá que los cronistas españoles al compararlas con las más grandes realizaciones del mundo occidental: "...porque en esto excede aquella obra a las siete que escriben por maravillas del mundo; porque hacer una muralla tan larga y ancha como la de Babilonia, y un coloso de Rodas, y las pirámides de Egipto, y las demás obras, bien se ve cómo se pudieron hacer, que fue acudiendo gente innumerable

y añadiendo de día en día y de año en año material a material, y más material, eso me da que sea de ladrillo y betún, como la muralla de Babilonia, o de bronce y cobre, como el coloso de Rosas, o de piedra y mezcla como las pirámides; en fin, se alcanza cómo las hicieron, que la pujanza de la gente, mediante el largo tiempo, lo venció todo. Mas imaginar cómo pudieron aquellos indios tan sin máquinas, ingenios e instrumentos, cortar, labrar, levantar y bajar peñas tan grandes (que más son pedazos de sierra que piedras de edificio) y ponerlas tan ajustadas como están no se alcanza; y por esto lo atribuyen a encantamiento, por la familiaridad tan grande que con los demonios tenían" (Libro VII, Cap. XXVIII). El mismo tipo de comparación se repite a menudo, por ejemplo cuando Garcilaso describe el famoso Camino del Inca que incluso los escritores españoles no pueden dejar de homologar con la carretera que Aníbal abrió en los Alpes y con otras obras de la antigüedad (Libro IX, Cap. XIII), y cada vez que se refiere a obras públicas como las acequias (Libro V, Cap. XXIV).

Pero contrariamente a quienes ven en la habilidad inca la intervención de los demonios, nuestro cronista intenta explicar racionalmente el modo en que sus antepasados realizaron obra tan magnífica: "Tengo para mí que no son sacadas de canteras, porque no tienen muestras de haber sido cortadas, sino que llevaban las piedras sueltas y desasidas (que los canteros llaman **tormos**) que por aquellas sierras hallaban acomodadas para la obra, y como las hallaban así las asentaban porque unas son cóncavas de un cabo y convexas de otro y sesgas de otro. Unas con puntas a las esquinas y otras sin ellas, las cuales faltas o demasías no las procuraban quitar ni emparejar, ni añadir, sino que el vacío y cóncavo de una peña grandísima lo henchían con el lleno y convexo de otra peña tan grande o mayor (...); de manera que la intención de aquellos indios fue no poner en aquel muro piedras chicas, aunque fuese para cumplir las faltas de las grandes, sino que todas fuesen de admirable grandeza (...). Con ir asentadas tan sin orden, regla ni compás, están las peñas por todas partes tan ajustadas unas con otras como la cantería pulida; la faz de aquellas peñas labraron toscamente, casi las dejaron como se estaban en su nacimiento; solamente para las juntas labraron de cada peña cuatro dedos, y aquello muy bien

labrado; de manera que de lo tosco de la faz y de lo pulido de las juntas, y del desorden del asiento de aquellas peñas y peñascos vinieron a hacer una galana y vistosa labor" (Libro VII, Cap. XVIII).

IV. EL ESPACIO EN LOS COMENTARIOS

El Inca se maneja con una determinada noción del espacio, noción que comparte con europeos de su época: un espacio que se capta racionalmente y que por ello es mensurable. Si bien las citas que hasta aquí hemos consignado trasuntan tal concepción, es a partir de ahora que trabajaremos sobre las hipótesis planteadas al comienzo. Para su comprobación, presentaremos dos aspectos que son, como veremos, complementarios: las referencias que, pasadas por su tamiz, hace Garcilaso de la concepción del espacio de sus antepasados, y su propia concepción. Esta, a pesar de ser muy racional, no trasciende su fuente, que es la percepción.

La importancia que este problema del espacio reviste en el conjunto de los Comentarios no es despreciable, ya que, entre otros ítems, el empeño de Garcilaso por demostrar que los antiguos habitantes del Perú "medían", "ordenaban", "repartían" está dentro del marco ideal que se plantea. Veremos también que al presentar la forma en que los incas dividían y ordenaban su imperio, el cronista se basa en una correspondencia entre el marco y el micro-cosmos y una noción antropomórfica del mundo que son propias de la corriente neoplatónica. No obstante, no se trata de una forma ajena a las culturas americanas, como bien lo señala Imbelloni al estudiar lo que él llama "pensamiento templario".

"Los reyes Incas dividieron su Imperio en cuatro partes que llamaron **Tauantinsuyu**, que quiere decir las cuatro partes del mundo, conforme a las cuatro partes principales del cielo: oriente, poniente, septentrión y mediodía. Pusieron por punto o centro la ciudad de Cozco que en la lengua particular de los Incas quiere decir ombligo de la tierra; llamáronla con buena semejanza ombligo, porque todo el Perú es largo y angosto, como

un cuerpo humano, y aquella ciudad está casi en medio" (Libro II, Cap. XI). "La ciudad contenía la descripción de todo el Imperio. Los Incas dividieron aquellos barrios conforme a las cuatro partes de su Imperio, que llamaron Tauantinsuyu, y esto tuvo principio desde el primer Inca Manco Capac, que dió orden que los salvajes que reducían a su servicio, fuesen poblando conforme a los lugares de donde venían. Los del oriente al oriente y los del poniente al poniente y así los demás" (Libro VII, Cap. IX). Tal vez sea éste uno de los temas en los que aparece más claramente el patético caso del Inca como mestizo cultural: el Tauantinsuyu responde tanto a un esquema occidental (neoplatónico) como al de la tradición prehispánica y como si esto no fuera suficiente se presenta además como una perfecta organización del espacio. Esta conciliación de ambas culturas no se repite frecuentemente en la obra, aunque fuera uno de los objetivos del cronista.

El fundamento de la división política del Imperio era legendario y así lo consigna Garcilaso: "Dicen, pues, que cesadas las aguas se apareció un hombre en Tiahuanacu que está al medio día del Cozco, que fue tan poderoso que repartió el mundo en cuatro partes y las dió a cuatro hombres que llamó reyes (...). Dicen que de este repartimiento del mundo nació después el que hicieron los Incas de su reino llamado Tahuantinsuyu. Dicen que el Manco Capac fue hacia el norte, y llegó al valle del Cozco, y fundó aquella ciudad, y sujetó los circunvecinos y los doctri-
nó (...), y que los reyes Incas descienden de él; y de los otros tres reyes no saben decir qué fue de ellos (...)" (Libro I, Cap. XVIII).

Garcilaso trata de manera muy distinta la división cosmológica realizada por los amautas, que distinguían a partir de la superficie plana de la tierra un arriba y un abajo. Esta concepción, que está ya muy lejos del pensamiento del cronista, es consignada sólo a los efectos de comprobar que los incas tuvieron una prefiguración del cielo y el infierno: "Dividían el universo en tres mundos; llaman al cielo **Hanan Pacha**, que quiere decir mundo alto, donde decían que iban a ir los buenos a ser premiados de sus virtudes; llamaban **Hurin Pacha** a este mundo de la generación y corrupción, que quiere decir mundo bajo; lla-

maban **Ucu Pacha**, al centro de la tierra, que quiere decir mundo inferior de allá abajo, donde decían que iban a parar los malos" (Libro II, Cap. VII).

Siguiendo con el Tauantinsuyu, Garcilaso da cuenta de la forma en que el criterio de organización espacial era trasladado a los pobladores del imperio para su mejor control: "Para principio y fundamento de su gobierno, inventaron los Incas una ley, con la cual les pareció podrían prevenir y atajar los males que en sus reinos pudiesen nacer. Para lo cual mandaron que en todos los pueblos grandes o chicos de su imperio se registrasen los vecinos por decurias de diez en diez (...), cinco decenas de éstos (...) tenían otro decurión superior (...). Dos decurias de a cincuenta tenían otro superior que miraba por los ciento. Cinco decurias de a ciento, estaban sujetas a otro capitán decurión que cuidaba de los quinientos. Dos compañías de a quinientos reconocían un general (...); y no pasaban las decurias de mil vecinos, porque decían que para que uno diese buena cuenta bastaba encomendarle mil hombres" (Libro II, Cap. IX). ¿No parece este pasaje tomado de alguna descripción del imperio romano?.

El Tauantinsuyu se presenta con dos dimensiones: una cosmológica como la división del mundo en cuatro partes y otra histórico-política como territorio concreto gobernado por los incas. Respecto de esto último veremos que Garcilaso tiene una especie de obsesión por marcar puntualmente los distintos límites que el imperio va adquiriendo conforme se producen las conquistas. Abundan las citas que podríamos transcribir, pero bastan a modo de ejemplo: "El rey Inca Yupanqui (...), determinó dejar del todo las conquistas de nuevas tierras, por parecerle que eran muchas las que por su persona y por sus capitanes habían ganado, que pasaba ya su imperio de mil leguas de largo (...). Así falleció lleno de hazañas y trofeos, habiendo alargado su imperio más de 500 leguas de largo a la parte sur, desde Atacama hasta el río Maulli. Y por la parte norte más de 140 leguas por la costa, desde Chíncha hasta Chimú" (Libro VII, Cap. XXVI). La enumeración de las conquistas y los sucesivos límites comienzan en realidad con Manco Capac: "...y para abreviar las hazañas de nuestro primer Inca, te digo que hacia el levante redujo el río llamado Paucartampu, y al poniente con-

quistó ocho leguas hasta el gran río llamado Apurimac y al mediodía atrajo nueve leguas hasta Quequesana. En este distrito mandó poblar nuestro Inca más de cien pueblos, los mayores de a cien casas, y otros de a menos, según la capacidad de los sitios (...)" (Libro I, Cap. XVII) (5).

Es importante resaltar que, si bien estas descripciones tienen una apariencia de veracidad y objetividad, por otra parte muy propias de Garcilaso, se hace imposible compararlas con hechos documentados. Además de que utiliza la misma precisión cuando se refiere a hechos históricos y cuando lo hace a acontecimientos legendarios, aún más difíciles de comprobar.

Por último el Inca deja establecido el **status** geopolítico del imperio a la llegada de los españoles: "Los cuatro términos que el Imperio de los Incas tenía (...) son los siguientes: al norte llegaba hasta el río Ancasmayu (...), que corre entre los confines de Quito y Pastu (...), está debajo de la línea equinoccial, casi perpendicularmente. Al mediodía tenía por término el río Maulli, que corre este-oeste pasando el reino de Chilli, antes de llegar a los Araucos, el cual está más de cuarenta grados de la equinoccial al sur. Entre estos dos ríos, ponen poco menos de mil trescientas leguas de largo por tierra. Lo que llaman Perú tiene setecientas cincuenta de largo por tierra desde el río Ancasmayu hasta los Chinchas, que es la última provincia de los charcas, norte-sur. Y lo que llaman reino de Chile contiene cerca de quinientos cincuenta leguas, también norte-sur, contando desde lo último de la provincia de los Chinchas hasta el río Maulli.

Al levante tiene por término aquella nunca jamás pisada (...) inaccesible cordillera de nieves que corre desde Santa Marta hasta el estrecho de Magallanes que los indios llaman Ritisuyu, que es banda de nieve. Al poniente confina con la Mar del Sur que corre por toda su costa de largo a largo. Empieza el término del Imperio por la costa desde el cabo de Pasau, por donde pasa la línea equinoccial, hasta el dicho río Maulli que también entra en la Mar del Sur. Del levante al poniente es angosto todo aquel reino. Por lo más ancho que es atravesando desde la provincia Muyupampa, por los Chachapuyas hasta la ciudad

de Trujillo, que está a la costa de la mar, tiene ciento veinte leguas de ancho, y por lo más angosto, que es desde el puerto de Arica a la provincia llamada Llaricosa, tiene setenta leguas de ancho. Estos son los términos de los que señorean los reyes Incas (...)" (Todo el pasaje corresponde a un relato que Garcilaso recoge de su tío abuelo), (Libro I, Cap. VIII).

Esta obsesión (no podríamos llamarla de otra manera), nos está ubicando nuevamente en el esquema ideal del Inca. Es un esfuerzo más por demostrar la grandeza de un imperio que abarcaba territorios tan dilatados. Aquí, el manejo de las magnitudes está puesto al servicio de la imagen superlativa de los Incas. Tengamos en cuenta que, sobre todo en el nivel de público al que Garcilaso pretendía dirigirse, el tamaño de América como continente era aún inaprehensible para los europeos, habituados, como es natural, a percibir geografías más acotadas.

El espacio se nos presenta, entonces, con un sentido en apariencia contradictorio: territorios y territorios interminables, casi ilimitados, son descritos, medidos y... marcados sus límites. Pero en realidad, la contradicción se resuelve de un modo que podríamos llamar moral: la inabarcabilidad resulta pensable a través del gobierno de los reyes Incas.

Hay un pasaje en particular en el que Garcilaso nos muestra casi fotográficamente esta relación de lo inconmensurable y lo limitado: "De más de lo que de ella dicen, es de saber que hicieron en el camino de la sierra, en las cumbres más altas, de donde más tierras se descubría, unas placetas altas, a un lado o a otro del camino, con sus gradas de cantería para subir en ella, donde los que llevaban las andas descansasen y el Inca gozase de tender la vista a todas partes (...); es una hermosísima vista, porque de algunas partes, según la altura de las sierras por donde va el camino, se descubren cincuenta, sesenta, ochenta y cien leguas de tierra, donde se ven puntas de sierras tan altas que parecen llegar al cielo y, por el contrario, valles y quebradas tan hondos, que parecen que van a parar al centro de la tierra. De toda aquella gran fábrica no ha quedado sino lo que el tiempo y las guerras no han podido consumir" (Libro IX, Cap. XIII). Ya veremos que Garcilaso presenta, a través

de sus descripciones, una percepción del espacio desde el plano y a este respecto la cita es una excepción. Resulta interesante comprobar que el cronista se eleva al nivel de sus ilustres antepasados y su mirada se hace una con la de ellos, para transmitir el orgulloso sentimiento de dominio que tenían por su imperio. Nuevamente estamos ante un aspecto coincidente entre la noción renacentista del espacio de racionalizar lo infinito y una experiencia, al parecer habitual, de los reyes del Perú, el dominio impuesto a un territorio a partir del control visual desde lo alto.

La relación inconmensurable-medible se da asimismo cuando el Inca refiere, en dos pasajes también únicos, la forma en que los indios 'medían' dimensiones que excedían el marco de necesidades prácticas inmediatas: "...y para dar a entender la grandeza de aquella tierra, tomó el guía su manta, que era tejida de listas y dijo: 'En comparación de esta tierra es tan grande el Perú como una lista de éstas, en respecto de toda la manta'. Mas el indio, como mal cosmógrafo se engañó, aunque es verdad que aquella provincia es muy grande" (Libro VII, Cap. XV). "Del tomarse las manos para ir encadenados (en una danza inca) tomó el Inca Huayna Capac ocasión para mandar a hacer la cadena de oro (...). Preguntándole yo (a su tío abuelo) qué largo tenía la cadena, me dijo que tomaba los dos lienzos de la Plaza Mayor del Cozco, que es el largo y el ancho de ella, donde se hacían las fiestas principales. ...Para los que han visto aquella plaza que los indios llaman Haucaipata no hay necesidad de decir el grandor de ella; para los que no la han visto, me parece que tendrá de largo, norte sur, doscientos pasos de los comunes, que son de a dos pies, y de ancho, este oeste tendrá ciento cincuenta pasos, hasta el mismo arroyo, con lo que toman las casas que por el largo del arroyo hicieron los españoles, año 1556, siendo Garcilaso de La Vega, mi señor, corregidor de aquella gran ciudad. De manera que a esta cuenta tenía la cadena trescientos cincuenta pasos de largo, que son setecientos pies; preguntando yo al mismo indio por el grueso de ella, alzó la mano derecha y, señalando la muñeca, dijo que cada eslabón era tan grueso como ella" (Libro IX, Cap. I). La utilización de comparaciones da cuenta de la ausencia de un sistema completo (desde el punto de vista europeo) de medición, lo que es compensado

por el Inca, que se preocupa por 'traducir' a términos occidentales lo que los incas expresan.

Decimos 'ausencia de un sistema completo' porque, en realidad, los antiguos peruanos sí poseían algunas magnitudes con las que cubrían necesidades de orden práctico: "Daban a cada indio un **tupu**, que es una hanega de tierra, para sembrar maíz; empero tiene por hanega y media de las de España. También llaman **tupu** a una legua de camino, y lo hacen verbo y significa medir, y llaman **tupu** a cualquier medida de agua o de vino o de cualquier licor, y a los alfileres grandes con que las mujeres prenden sus ropas cuando se visten. La medida de las semillas tiene otro nombre, que es **poccha**: quiere decir hanega. Era bastante un **tupu** de tierra para el sustento de un plebeyo casado y sin hijos" (Libro V, Cap. III). "A los orones llaman **pirua**: son hechos de barro pisado, con mucha paja....Eran largos, más o menos, conforme al altor de las paredes del aposento donde los ponían; eran angostos y cuadrados y enterizos, que los debían hacer con molde y de distintos tamaños. Hacíanlos por cuenta y medida, unos mayores que otros, de treinta hanegas, de a cincuenta y de a ciento y de a doscientas, más y menos, como convenía hacerlos. ...poníanlos arrimados a todas cuatro paredes y por medio del aposento; por sus hiladas dejaban calles entre unos y otros (...). Para vaciar el orón hacían por la delantera de él unas ventanillas de una ochava en cuadro, abiertas por su cuenta y medida, para saber por ellas las hanegas que se habían sacado y las que quedaban, sin haberlas medido" (Libro V, Cap. V). "En las tierras donde alcanzaban poca agua para regar, la daban por su orden y medida, como todas las demás cosas que se repartían, porque entre los indios no hubiese rencilla sobre el tomarla; y esto se hacía en los años escasos de lluvias cuando la necesidad era mayor. Medían el agua, y por experiencia sabían qué espacio de tiempo era menester para regar una hanega de tierra; y por esta cuenta daban a cada indio las horas que conforme a sus tierras había menester holgadamente" (Libro V, Cap. IV).

Como vemos, estas formas de medir siempre están relacionadas con el contexto de las actividades cotidianas de los incas y comportan una variedad que va desde una unidad de medida con-

creta como es el **tupu**, por otra parte muy útil, hasta la utilización de lapsos temporales para medir capacidades. Y encontramos nuevamente el empeño de Garcilaso por hacer comprensibles a sus lectores tales medidas.

Tal vez no sea arriesgado homologar estas citas con la que se refiere a los **quipus**, sistema de nudos por medio del cual los peruanos registraban los acontecimientos del imperio: "Hacían los indios hilos de diversos colores (...) porque las colores simples y las mezcladas, todas tenían su significación de por sí (...).

Los ñudos se daban por su orden de unidad, decena, centena, millar, decena de millar (...).

En lo más alto de los hilos ponían el número mayor, que era el decena de millar, y más abajo el millar, y así hasta la unidad (...). Estos ñudos o **quipus** tenían los indios de por sí a cargo, los cuales llamaban **quipucamayus**: quiere decir el que tiene cargo de las cuentas (...).

Con ser los **quipucamayus** tan fieles y legales (...) por muy pequeño que fuese el pueblo, había de haber cuatro y de allí arriba hasta veinte y treinta, y todos tenían unos mismos registros (...).

Estos asentaban por sus ñudos todo el tributo que daban cada año al Inca, poniendo cada cosa por sus géneros, especies y calidad. Asentaban la gente que iba a la guerra, la que moría en ella, los que nacían y fallecían cada año (...), cuántas embajadas habían traído al Inca (...). Pero lo que contenía la embajada (...) no podían decirlo por los ñudos (...), porque el ñudo dice el número mas no la palabra. Para remedio de esta falta (...) tomaban los **quipucamayus** de memoria (...) en breves palabras (...) y por tradición las enseñaban a los sucesores (...).

También los **amautas**, que eran los filósofos y sabios, tenían cuidado de ponerlas en prosa, en cuentos historiales, breves como fábulas, para que por sus edades los contasen a los

niños y a los mozos y a la gente rústica del campo para que (...) se conservasen en la memoria de todos (...). Asimismo los **haraucicus**, que eran los poetas, componían versos breves y compendiosos (...), decían en los versos todo lo que no podían poner en los ñudos.

Empero (...) todos eran remedios perecederos, porque las letras son las que perpetúan los hechos; mas como aquellos Incas no las alcanzaron, valiéronse de lo que pudieron inventar..." (Libro VI, Cap. VIII y XI). Notemos cómo, para Garcilaso, que es un humanista, los **quipus** no pueden reemplazar la escritura, sobre todo por su perennidad. Si bien los nudos eran capaces por medio de su ubicación de asentar las cantidades y por medio del color de la lana, los asuntos, el resto del contenido de los hechos consignados corría por cuenta de la memoria del **quipucamayú**. Este material era, a su vez, la base de la filosofía de los **amautas** y de la poesía de los **haraucicus**, ambas de carácter oral. En este caso, como en el anterior, se advierte una falta de sistematización a partir de lo abstracto, que lleva a la inexistencia, por una parte, de un sistema completo de pesos y medidas y, por otra, de la escritura. Ambas carencias son puestas de manifiesto por el cronista.

Pasemos ahora a analizar los abundantísimos pasajes de la obra donde podemos encontrar el espacio tal como lo percibe y concibe Garcilaso. Nos centraremos en dos aspectos principales, el que hace a su visión de la naturaleza y el que se refiere específicamente a la ciudad de Cuzco.

Cuando el Inca nos muestra el ambiente natural del Perú notamos la misma preocupación por la descripción puntual y la obsesión por consignar dimensiones, medidas y distancias: "Aquel valle (Y'úçay) se aventaja en excelencias a todos los que hay en el Perú, por lo cual todos los Reyes Incas (...) lo tuvieron por jardín y lugar de sus deleites y recreación (...). Está cuatro leguas pequeñas al noreste de la ciudad; el sitio es amenísimo, de aires frescos y suaves, de lindas aguas, de perpetua templanza, de tiempo sin frío ni calor, sin moscas ni mosquitos ni otras sabandijas penosas. Está entre dos sierras grandes; la que tiene al levante es la gran cordillera de la Sierra Ne-

vada, que con una de sus vueltas llega hasta allí (...). Lo medio de la sierra es de bravísimas montañas; la falda de ellas es de ricos y abundantes pastos, llenos de venados, corzos, gamos. **huanacus** y vicuñas y perdices, y otras muchas aves, (...). Lo llano del valle es de fertilísimas heredades, llenas de viñas, y árboles frutales y cañaverales de azúcar que los españoles han puesto.

La otra sierra que tiene al poniente es baja, aunque tiene más de una legua de subida; al pie de ella corre el caudaloso río de Y'úcaj (...), con mucha pesquería y abundancia de garzas, ánades y otras aves de agua" (Libro V, Cap. XXVII). "El de Orellana, que le llamamos así a diferencia del río Marañón, tiene, según la misma carta, cincuenta y cuatro leguas de boca (...). Las primeras fuentes de aquel famoso río nacen en el distrito llamado Cuntisuyu, entre el poniente y el mediodía del Cozco, que los marineros llaman sudoeste; pasa once leguas al poniente de aquella ciudad. Desde muy cerca de su nacimiento no se deja vadear, porque lleva mucha agua y es muy raudo y va muy recogido entre altísimas sierras, que tienen desde lo bajo hasta lo alto de sus nieves, trece, catorce y quince leguas y más de altura, casi a plomo. Es el mayor río que hay en el Perú; los indios le llaman Apurímac (...), corre del mediodía al norte más de quinientas leguas que hay por tierra, desde su nacimiento hasta la equinoccial; de allí revuelve al oriente y corre casi debajo de la equinoccial otras seiscientas cincuenta leguas, medidas por derecho, hasta que entra en la mar, que con sus vueltas y revueltas más son de mil quinientas leguas las que corre al oriente, según lo dijo Francisco de Orellana (...), el mayor que hay en el mundo y (...) entra en la mar con la grandeza de setenta leguas de boca, y hace que con más de cien leguas en contorno sea mar dulce aquel golfo donde va a parar" (Libro VIII, Cap. XXII).

Garcilaso "geógrafo" quiere ser completamente objetivo y rara vez se deja llevar por una contemplación en la que se filtren elementos afectivos. Por ello, resulta excepcional la siguiente cita, cuya brevedad es también ilustrativa: "Potosí (...) está en un llano, es de forma de un pilón de azúcar; tiene de circuito, por lo bajo, una legua, y de lo alto más de un

cuarto de legua; lo alto del cerro es redondo; es hermoso a la vista, porque es solo, hermoseólo la naturaleza para que fuese tan famoso en el mundo como hoy lo es. Algunas mañanas amanece lo alto cubierto de nieve, porque aquel sitio es frío" (Libro VIII, Cap. XXIV).

En general, la naturaleza aparece como digna de ser mencionada en tanto se relaciona de algún modo con la obra del hombre y con la capacidad de éste para sacarle provecho: "El reino de Quitu, por famoso y grande, que tiene setenta leguas de largo y treinta de ancho, tierra fértil y abundante, dispuesta para cualquier beneficio de los que se hacían para la agricultura y provecho de los naturales" (Libro VIII, Cap. VII). "(El Collado), provincia de más de ciento y veinte leguas de largo, y que contiene en sí otras muchas provincias de diferentes naciones, donde por ser muy fría la tierra no se da el maíz ni el **uchu** (pimiento) y se dan en grande abundancia otras semillas y legumbres que no se dan en las tierras calientes, como la que llaman papa y quinua, y se cría infinito ganado (...). (La zona que se encuentra) al oriente de ella, que es a los Antis y al poniente, que es a la costa de la mar, en las cuales regiones había grandes valles fertilísimos de llevar maíz y pimiento, y frutas, las cuales tierras y valles antes de los Incas no se habitaban, estaban desamparados como desiertos, porque los indios no habían sabido ni tenido maña para sacar acequias para regar los campos" (Libro VII, Cap. I).

Pero a veces el hombre se enfrenta a una naturaleza hostil que destruye sin miramientos todo lo realizado: "Entre otras calamidades contaban las de Arequipa, de grandes temblores de tierra y llover arena como ceniza cerca de veinte días de un volcán que reventó, y que fue tanta la ceniza que en parte cayó más de una vara de medir en alto y en partes más de dos, y donde menos más de una cuarta. De que causó que las viñas y sembrados de trigos y maízales quedaron enterrados, y los árboles fructíferos y no fructíferos desgajados y sin fruto alguno, y que todo el ganado mayor y menor pereció por falta de pasto. Porque la arena que llovió cubrió los campos por unas partes más de treinta leguas y por otras más de cuarenta en contorno de Arequipa. (...) Las casas, con el peso de la arena, se caye-

ron (...). Hubo tan grandes relámpagos y truenos que se oían treinta leguas en contorno de Arequipa. El sol, muchos días de aquéllos, por la arena y neblina que sobre la tierra caía, se oscurecía de tal manera, que en medio del día encendían las lumbres (...)" (Libro VII, Cap. XXV).

Este interés por la naturaleza en relación al hombre, se traduce en el Libro VIII en una detallada clasificación que ocupa desde el Cap. IX hasta el final. Veamos cuáles son los títulos: "Del maíz y lo que llaman arroz, y de otras semillas", "De las legumbres que se crían debajo de la tierra", "De las frutas de árboles mayores", "Del árbol **mullí** y del pimiento", "Del árbol **magüey** y de sus provechos", "Del plátano, piña y otras frutas" "De la preciada hoja llamada **cuca** y del tabaco"; "Del ganado manso y las recuas que de él había", "Del ganado bravo y de otras sabandijas, "Leones, osos, tigres, micos y monas", "De las aves mansas y bravas de tierra y de agua", "De las perdices, palomas y otras aves menores", "Diferencias de papagayos y su mucho hablar", "De cuatro ríos famosos, y del pescado que en los del Perú se cría", "De las esmeraldas, turquesas y perlas", "Del oro y plata", "Del azogue, y cómo fundían el metal antes de él". Llama la atención cómo la naturaleza puede ser considerada a través de un esquema racional cuyo criterio ordenador es su capacidad productiva.

La exhaustividad de estos pasajes puede hacer pensar que la naturaleza ocupa un lugar importante en los Comentarios, pero esto no es así. Fuera de los ejemplos mencionados, son siempre breves las alusiones a la geografía y es frecuente que aparezcan para resaltar el arrojo o la astucia de los incas: "Por este río, aunque tan grande y hasta ahora mal conocido, le pareció al Rey Inca Yupanqui hacer su entrada a la provincia Musu, que por tierra era imposible poder entrar a ella por las bravísimas montañas y muchos lagos, ciénagas y pantanos que hay en aquellas partes" (Libro VII, Cap. XIV).

Podemos decir que la de Garcilaso es una postura típicamente moderna. Se halla lejos de una concepción teológica de la naturaleza, propia del hombre medieval que la veía como obra divina explicable sólo a través de la fe. La naturaleza de los

Comentarios es un objeto que, como otros, merece un estudio racional. Este estudio tiene una finalidad: la de hacer más comprensible, y por ello más útil, el objeto de que se trata. El hombre se ha hecho 'medida de todas las cosas', desplazando a Dios del punto de mira. Observemos el párrafo dedicado al terremoto de Arequipa: éste bien podría haber sido interpretado como advertencia o castigo divino; sin embargo, es presentado como un fenómeno sobrecogedor pero absolutamente natural.

Por otra parte, tampoco se permite el Inca abandonarse a un éxtasis de admiración, en el que podría sentirse identificado con la naturaleza, al modo del naturalismo franciscano; ni albergar un sentimiento de pequeñez ante su terrible inconmensurabilidad, al modo romántico. Y esto es bastante curioso, si bien coherente con la visión general de Garcilaso, ya que la nostalgia que obviamente sentía, en su especie de exilio, por su país natal, lo podría haber llevado a una exaltación bucólica de la geografía peruana. La actitud de Garcilaso contrasta sugestivamente con la de Colón, tal como la presenta T. Todorov (bibliogr. 28): el descubridor, arrobado por la belleza de la naturaleza americana (más allá de toda utilidad), no duda en ubicar allí el Paraíso Terrenal.

Veamos ahora cómo la naturaleza adquiere importancia como marco del asentamiento humano: "El rey Manco Capac, considerando bien las comodidades que aquel hermoso valle del Cozco tiene, el sitio llano, cercado por todas partes de sierras altas, con cuatro arroyos de agua, aunque pequeños, que riegan todo el valle y que en medio de él había una hermosísima fuente de agua salobre para hacer sal, y que la tierra era fértil y el aire sano, acordó fundar la ciudad imperial en aquel sitio, conformándose, como hacían los indios, con la voluntad de su padre el sol, que según la seña que le dió de la barrilla de oro, quería que asentase allí su corte porque había de ser cabeza de su imperio. El temple de aquella ciudad es antes frío que caliente; mas no tanto que obligue a que busquen fuego para calentarse, basta entrar en un aposento donde no corra aire (...) y esto es todo el año sin diferencia del invierno al verano (...). En el Cozco por participar (...) más del frío y seco que de calor y húmedo, no se corrompe la carne (...). Por ser el

temple frío no hay moscas (...). Mosquitos de los que pican no hay ninguno" (Libro VII, Cap. VIII).

El Cuzco aparece a lo largo de toda la obra en descripciones parciales (6). Y además se le dedican varios capítulos del Libro VII: "...y porque la ciudad del Cozco, madre y señora de ella (su patria), no quede olvidada en su particular, determiné dibujar en este capítulo la descripción de ella, sacada de la misma tradición que como hijo natural me cupo, y de lo que yo con mis propios ojos ví, diré los nombres antiguos que sus barrios tenían, que hasta el año de 1560, que yo salí de ella" (Libro VII, Cap. VIII). Es notable que Garcilaso considere su descripción como un dibujo.

La correspondencia entre el macro y el microcosmos que ya señalamos, es reforzada por la forma que el Inca elige para la descripción de la ciudad, que va de lo grande a lo pequeño: comienza, como vimos, con una descripción del suelo y el clima de la zona en que se asentó la ciudad, para mostrar luego el aspecto general de la misma: "Las primeras casas se hicieron en laderas y faldas del cerro, llamado Sacsahuaman, que está entre el oriente y el septentrión de la ciudad. En la cumbre de aquel cerro edificaron después los sucesos de este Inca aquella fortaleza soberbia poco estimada, antes aborrecida de los mismos que la ganaron, pues la derribaron en brevísimo tiempo. La ciudad estaba dividida en las dos partes que al principio se dijo, Hanan Cozco (alto) y Hurin Cozco (bajo). Dividíala el camino del Antisuyu, que es el que va al oriente; la parte septentrional se llamaba Hanan Cozco, y la meridional Hurin Cozco" (Libro VII, Cap. VIII). Hay luego una referencia directa al micro-macrocosmos: "Los Incas dividieron aquellos barrios conforme a las cuatro partes de su imperio (...). Conforme a esto estaban las casas de aquellos primeros vasallos en la redondez de la parte de adentro de aquel cerro; y los que se iban conquistando, iban poblando conforme a los sitios de sus provincias. Los **curacas** hacían sus casas para cuando viniesen a la corte (...), guardando cada uno de ellos el sitio de su provincia; que si estaba a mano derecha de su vecina, labrada sus casas a mano derecha; y si a la izquierda, a la izquierda (...); por tal orden y concierto que bien mirados aquellos barrios

y las casas de tantas y tan diversas naciones como vivían, se veía y comprendía todo el imperio junto, como en un espejo o en una pintura de cosmografía (...). (...) Eran arrabales de la ciudad, la cual iremos ahora pintando por sus calles de septentrión a mediodía, y los barrios y casas que hay entre calle y calle, como ellas van; diremos las casas de los reyes, y a quién cupieron en el repartimiento que los españoles hicieron de ellas cuando las ganaron" (Libro VII, Cap. IX). Observemos que en este párrafo aparece el verbo pintar.

Finalmente, Garcilaso realiza un pormenorizado detalle de los barrios y edificios que sus antepasados construyeron: "El barrio (llamado Acllahuasi: casa de las escogidas) es el que está entre dos calles que salen de la Plaza Mayor y van al convento de Santo Domingo, que solía ser casa del sol. La una de las calles es la que sale del rincón de la plaza, a mano izquierda de la iglesia mayor y va norte sur. Cuando yo salí de aquella ciudad (Cuzco), el año de 1560, era (...) la principal de los mercaderes. La otra calle es la que sale del medio de la plaza, donde dejé la cárcel, y va derecha al convento dominico, también norte sur. La frente de la casa salía a la Plaza Mayor entre las dos calles dichas, y las espaldas de ella llegaban a la calle que las atraviesa de oriente a poniente, de manera que estaba hecha isla entre la plaza y las tres calles. Quedaba entre ellas y el templo del sol otra isla grandísima de casas y una plaza grande que hay delante del templo (...). Esta casa alcancé yo a ver entera de sus edificios, que sola ella y la del sol eran dos barrios, y otros cuatro galpones grandes, que habían sido casas de los reyes Incas, respetaron los indios en su general levantamiento contra los españoles (...). Tenían entre otras grandezas de su edificio una calleja angosta, capaz de dos personas, la cual atravesaba toda la casa. Tenía la calleja muchos apartados a una mano y a otra, donde había oficinas de la casa (...). Tenía la casa su puerta principal (...). Al principio de la calleja, que era la puerta de servicio de la casa, había veinte porteros (...) para llevar y traer hasta la segunda puerta lo que en la casa hubiese de entrar y salir" (Libro IV, Cap. I y II).

Estas descripciones, como muchas otras en la obra recuerdan

la obligada objetividad y minuciosidad de un guía turístico. Nos parece estar ante el recorrido realizado por un individuo que fuera volcando en el papel los resultados de su percepción inmediata. Sin embargo, no debemos olvidar que casi cuarenta años separan los últimos días del Inca en Cuzco del momento en que concibe los Comentarios y que por ello estamos ante un espacio reconstruido a través de la memoria. Esto, que vale para toda la obra, es interesante porque Garcilaso no parte aquí de un plano mental de la ciudad sino de un espacio real vivido y recordado visualmente. Tal es el "dibujo" y tal es la "pintura" que el cronista nos ofrece. Como recurso literario, la descripción adquiere un dinamismo casi cinematográfico que, seguramente, permitiría al lector europeo acompañar al autor en el recorrido por su ciudad natal.

Una vitalidad similar logra Garcilaso al referirse continuamente a las transformaciones que Cuzco va sufriendo hasta su partida a España. Pero no se detiene allí, ya que continúa recibiendo informaciones que le posibilitan registrar los nuevos y numerosos cambios a que se veía sometida una ciudad que se encontraba en pleno proceso de reorganización después de la conquista: "Delante de aquellas casas que fueron casas reales está la plaza principal de la ciudad llamada Haucaypata (plaza de fiestas). Tendrá norte sur doscientos pasos de largo poco más o menos, que son cuatrocientos pies, y este oeste ciento y cincuenta pasos de ancho hasta el arroyo. Al cabo de la plaza, al mediodía de ella había otras dos casas reales; la que estaba cerca del arroyo, calle en medio, se llamaba Amarucancho (barrio de las culebras grandes); estaba de frente de Cassana. Fueron casas de Huayna Capac, ahora son de la Santa Compañía de Jesús. Yo alcancé a ver de ellas un galpón grande, aunque no tan grande como el de la Cassana. Alcancé también un hermosísimo cubo redondo (sic) que estaba en la plaza delante de casa (...). No alcancé otra cosa que aquella casa real, todo lo demás estaba por el suelo. En el primer repartimiento cupo lo principal de esta casa real, que era lo que salía a la plaza, a Hernando Pizarro (...). Otra parte cupo a Mancio Serra Leguizamo (...). Otra parte a Antonio Altamirano (...). Otra parte se señaló para cárcel de españoles. Otra parte cupo a Alonso Mozuela (...). Otras partes cupieron a otros, de los cuales no tengo memoria" (Libro VII, Cap.X).

En cuanto a los edificios, nos hallamos ante el mismo tipo de detalle objetivo, si bien en este caso se trata de un espacio referido (por sus parientes maternos), que Garcilaso reconstruye y presenta como vivido: "...mandó hacer el Inca Viracocha, en un pueblo llamado Cacha, que está a dieciséis leguas al sur de la ciudad del Cozco, un templo a honor y reverencia de la fantasma que se le apareció. Mandó que la hechura del templo imitase (...) al lugar donde se le apareció; que fuese (como el campo) descubierto, sin techo; que le hiciesen una capilla pequeña, cubierta de piedra, que semejase al cóncavo de la piedra donde estuvo recostado; que tuviese un soberado, alto del suelo; traza y otra distinta de toda cuanta aquellos indios, antes y después hicieron, porque nunca hicieron casa ni piedra con soberado. El templo tenía ciento veinte pies de hueco en largo y ochenta en ancho. Era de cantería pulida, de piedra hermosamente labrada (...). Tenía cuatro puertas, a las cuatro partes principales del cielo; las tres estaban cerradas, que no eran sino portadas para ornamento de las paredes. La puerta que estaba al oriente servía de entrada y salida del templo; estaba en medio del hastial, y porque no supieron aquellos indios hacer bóveda para hacer soberado encima de ella, hicieron paredes de la misma cantería, que sirviesen de vigas, porque durasen más que si fueran de madera. Pusieronlas a trechos, dejando siete pies de hueco entre pared y pared, y las paredes tenían tres pies de macizo; eran doce los callejones que estas paredes hacían. Cerráronlo por lo alto, en lugar de tablas, con losas de a diez pies de largo y media vara de alto, labradas a todas seis haces. Entrando por la puerta del templo, volvían a mano derecha por el primer callejón, hasta llegar a la pared de la mano derecha del templo; luego volvían a mano izquierda por el segundo callejón, hasta la otra pared (...) y de esta manera (...) iban ganando todo el hueco del templo, de callejón en callejón, hasta el postrero, que era el doceno, donde había una escalera para subir al soberado (...). De frente de cada callejón (...) había ventanas como saeteras, que bastantemente daban luz a los callejones; debajo de cada ventana había un vacío hecho en la pared, donde estaba un portero (...). La escalera estaba hecha a dos aguas, que podían subir y bajar por la una banda o por la otra; venía a salir lo alto de ella de frente del altar mayor. El suelo del soberado estaba enlosado de unas losas negras muy lustrosas,

que parecían de azabache, traídas de muy lejos tierras. En lugar del altar mayor había una capilla de doce pies de hueco en cuatro, cubierta de las mismas losas negras, encajadas unas en otras, levantadas en forma de chapitel de cuatro aguas: era lo más admirable de toda la obra. Dentro de la capilla, en el grueso de la pared del templo, había un tabernáculo, donde tenía puesta la imagen de la fantasma Viracocha; a un lado y otro (...) había otros dos tabernáculos más (...), solamente servían de ornamento y de acompañar la capilla principal. Las paredes del templo, encima del soberado, subían tres varas de alto, sin ventana ninguna; tenían su cornisa de piedra, labrada dentro y fuera, por todos cuatro lienzos" (Libro V, Cap. XXII).

Sin embargo, hay un momento de la vida de ese templo que el Inca sí vió: el de su destrucción, narrada brevemente pero con mucha fuerza, ya que la consigna por etapas: "...de tal manera, que el día de hoy apenas quedan los cimientos de esta obra ni de otras semejantes que había (...). Lo primero que derribaron fue la estatua, porque dijeron que debajo de sus pies había mucho oro enterrado. El templo fueron cavando a tientos, ya aquí, ya allí, hasta los cimientos; y de esta manera lo han derribado todo. La estatua de piedra vivía pocos años ha, aunque toda desfigurada a poder de pedradas que le tiraban (Libro V, Cap. XXII).

Como ya dijimos, Garcilaso no se conforma con su propia experiencia del espacio mediatizada por el recuerdo, para reconstruir la ciudad, sino que muestra un afán por recabar todos los datos posibles de la evolución de Cuzco luego de su partida, a través de cartas que recibe de amigos que allí quedaron y de testimonios de visitantes que llegan a España desde el Perú: se refiere en un pasaje a una pintura que, representando dos cóndores, había mandado a hacer en una peña alta el Inca Viracocha. "Esta pintura vivía en todo su buen ser el año de mil quinientos ochenta; y el de noventa y cinco pregunté a un sacerdote criollo, que vino del Perú a España, si la había visto y cómo estaba. Díjome que estaba muy gastada, que casi no se divisaba nada de ella, porque el tiempo con sus aguas, y el descuido de la perpetuidad por ésta y otras semejantes antiguallas, la habían arruinado" (Libro V, Cap. XXIII).

Ya señalamos el papel invaluable que juega en esta reconstrucción, la información recogida por el Inca de boca de sus parientes maternos. No obstante, como buen humanista, Garcilaso se complace en recrear los escritos de otros cronistas, como podemos suponer que lo hace en el siguiente párrafo: "Con planchas de oro chaparon los templos del sol y los aposentos reales (...); pusieron muchas figuras de hombres y mujeres, y de aves del aire y del agua, y de animales bravos, como tigres, osos (...), todo de oro vaciado del natural en su figura y tamaño, y los ponían por las paredes, en los vacíos y concavidades que yendo labrando, les dejaban, para aquel efecto (...). En todas las casas reales, tenían hechos jardines y huertos (...) (con) árboles hermosos y vistosos, posturas de flores y plantas olorosas y hermosas (...) a cuya semejanza contrahacían de oro y plata (...), hacían maizales, contrahechos al natural con sus hojas, mazorca y caña, con sus raíces y flor (...), la flor o cualquier otra cosa que amarilleaba, la contrahacían en oro, y lo demás en plata" (Libro VI, Cap. I). "En muchas casas tenían baños con grandes tinajones de oro y plata, en que se lavaban, y caños de plata y oro, por los cuales venía el agua (...)" (Libro VI, Cap. II). Es notoria la generalización que domina el pasaje ("los templos del sol", "en todas las casas reales", "en muchas casas"), que parece destinada a confirmar el lujo y la magnificencia de la corte, tal como lo refieren "los historiadores del Perú": "Todo lo que hemos dicho del tesoro y riqueza de los Incas, lo escriben (...) Pedro de Cieza de León (...), el contador general Agustín de Zárate (...), Francisco López de Gómara" (Libro VI, Cap. II).

En estos capítulos que hemos citado, dedicados a la ciudad y sus suburbios, vemos también esa especie de obsesión por medir y ubicar precisamente los lugares a que el Inca se refiere. Y en algún pasaje observamos la traducción de una experiencia inmediata del espacio a una medida objetiva: "...tendrá norte sur doscientos pasos de largo poco más o menos, que son cuatrocientos pies" (Libro VII, Cap. X).

Ya hicimos referencia al papel de la naturaleza en los Comentarios. Comparativamente, el hombre y su obra están colocados en un lugar jerárquico, lo cual responde a la cosmovisión rena-

centista de Garcilaso. El hombre, a través de la racionalidad de sus obras, es capaz de completar la obra de la naturaleza y reflejar así la armonía cósmica. Pensemos nuevamente en Colón, para quien cien años antes, el hombre aparecía en el marco de la naturaleza como un elemento más (una planta o un animal).

Pero debemos aclarar que Garcilaso no pone énfasis en el hombre en general, sino en el inca: el inca urbanista, el inca arquitecto, el inca agricultor, el inca artista, en definitiva el inca actuante sobre la naturaleza del Perú. Esto nos remite otra vez a la intención del cronista, señalada con anterioridad, de presentar la civilización incaica como superlativa.

V. LA CONQUISTA: EL FRACASO DE UN ESQUEMA IDEAL

Todos los temas que hemos ido trabajando conforman aquella visión casi perfecta de la cultura y la sociedad incaicas que Garcilaso quiere transmitir para refutar de alguna manera las acusaciones de salvajismo que menudeaban en las historias escritas por españoles. Así es que el resultado rebasa en mucho lo declarado en el Proemio al lector: "En el discurso de la historia protestamos la verdad de ella, y no diremos cosa grande que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles que la tocaron en parte o todo: que mi intención no es contradecirles, sino servirles de comento y glosa, y de intérprete en muchos vocablos indios...".

Hay un punto, sin embargo, en que tanto la presentación superlativa del Imperio inca como el esquema ideal que justificaba la conquista, no resisten la realidad de los hechos.

Veremos, entonces, cuál es el destino que tuvieron las maravillosas obras del imperio descritas por Garcilaso: "También ví derribar el galpón y hacer en el barrio Cassana las tiendas con sus portales como hoy en día están para morada de mercaderes y oficiales" (Libro VII, Cap. X). Aquí no hay aún una toma de posición y el pasaje es bastante objetivo. Pero en otros aparece todo el dolor que debió sentir el cronista ante la incapacidad de los españoles para comprender en toda su significación

la cultura de sus antepasados: "Con ser el templo de tan extraña labor (...), lo han destruído los españoles como lo han hecho otras muchas obras famosas que hallaron en el Perú, debiéndolas sustentar ellos mismos a su costa para que en siglos venideros vieran las gentes las grandezas que con sus brazos y buena fortuna habían ganado. Mas parece que a sabiendas, como envidiosos de sí propios, las han derribado por el suelo de tal manera que el día de hoy apenas quedan los cimientos de esta obra ni de otras semejantes que había, cosa que a los discretos ha lastimado mucho" (Libro V, Cap. XXII). "Las piedras mayores, que servían de vigas en los soterráneos (los españoles) sacaron para umbrales y portadas; y para las gradas de las escaleras buscaban las hileras de piedra del altor que les convenía (...). De esta manera echaron por tierra aquella gran majestad, indigna de áquel estrago, que eternamente hará lástima" (Libro VII, Cap. XXIX).

Son innumerables las citas que podríamos mencionar en las que hay un verdadero lamento por las consecuencias funestas de la conquista, aquella conquista que en el esquema ideal planteado por Garcilaso, aparecía como la unión feliz de las dos partes de un todo: "Los españoles, como extranjeros, no han hecho caso de semejantes grandezas, ni para sustentarlas ni para estimarlas, ni aún para haber hecho mención de ellas en sus historias; antes parece que a sabiendas, o con sobra de descuido, que es lo más cierto, han permitido que se pierdan todas" (Libro V, Cap. XXIV). "Esto había entonces (se refiere al ganado indígena); ahora, digan los presentes el número de las que se han escapado del estrago y desperdicio de los arcabuces, pues apenas se hallan ya **huanacus** y vicuñas, sino donde ellos no han podido llegar" (Libro VI, Cap. VI). Vemos en el último párrafo hasta qué punto llegó la desvalorización del lugar conquistado, al destruirse no sólo la obra humana sino también los recursos naturales.

La justificación fundamental de la conquista en el esquema providencialista era la evangelización, pero hasta este pilar se le derrumba al Inca, ante la evidencia de la realidad: "Si a esta vana creencia de los indios (de que los españoles eran enviados del dios Viracocha) correspondieran los españoles con

decirles que el verdadero Dios los había enviado para sacarlos de las tiranías del demonio, que eran mayores que las de Atahualpa, y les predicaran el Santo Evangelio con el ejemplo que la doctrina pide, no hay duda que hicieran grandísimo fruto. Pero pasó todo tan diferente (...). Aunque es verdad que no se deben culpar todos, que los más hicieron oficios de buenos cristianos; pero entre gente tan simple como eran aquellos gentiles, destruía más un malo, que edificaban cien buenos" (Libro V, Cap. XXI). "...les traían de beber en grandísima abundancia, que éste era uno de los vicios más notables que estos indios tenían, aunque ya el día de hoy, por la misericordia de Dios y por el buen ejemplo que los españoles en este particular les han dado, no hay indio que se emborrache, sino que lo vituperan y abominan por grande infamia, que si en todo vicio hubiera sido el ejemplo tal, hubieran sido apostólicos predicadores del Evangelio" (Libro VI, Cap. XXII).

No obstante este panorama sombrío, Garcilaso realiza en el Libro IX un exhaustivo análisis de las cosas que los españoles trajeron y que en América no había; cosas que aún teniendo un significado de aportes positivos, no dejan de caer bajo su mirada crítica: "Para que se vea y considere con cuántas cosas menos y, al parecer, tan necesarias a la vida humana, se pasaban aquellas gentes y vivían muy contentos sin ellas" (Libro IX, Cap. XVI). "Resta decir de las ratas que también pasaron con los españoles, que antes de ellos no las había" (Libro IX, Cap. XXII).

Además, debido a la gran fertilidad y riqueza del suelo peruano, los cultivos traídos de España crecen con un vigor y tamaño nunca vistos en Europa: "Todas estas frutas nombradas (...) las hay por este tiempo en tanta abundancia, que ya son despreciables como los ganados, y en tanta grandeza, mayor que la de España, que pone admiración a los españoles que han visto la una y la otra" (Libro IX, Cap. XXVIII). Aquí también se trasluce esa presentación superior del Perú, siempre dentro de la propia tabla de valores occidental.

VI. EL ESPACIO IDEAL EN LOS COMENTARIOS

A través de todo lo visto, el imperio del sol aparece como una especie de construcción utópica de Garcilaso. La formación humanística de éste se da en una España afecta a la literatura y la filosofía políticas y, en particular, a las utopías, que circulaban por decenas. Relacionada con esto, hay que tener en cuenta la tendencia de algunos autores españoles, de ubicar en América aquella perdida Edad de Oro. No podemos pretender que la obra del Inca fuera ajena a estas influencias. Sin embargo, hay que aclarar que los Comentarios no pueden ser etiquetados sin más con el término de **utopía** (ver bibliogr. 4). Según Maravall (bibliogr. 20), una utopía es producto de una tensión entre la realidad actual y un paradigma del futuro. Es fácil advertir que, si bien la obra de Garcilaso es resultado de un punto de encuentro de la realidad y la idealidad, estos dos términos no tienen que ver ya con un presente que se quiere cambiar y con un plan proyectado hacia el futuro, sino que se hallan ambos insertos en un pasado inmediato y concluso, en cuya urdimbre real, teje el Inca una trama ideal que surge tanto de su formación literaria como de la nostalgia por su tierra lejana. El hecho de que no puedan establecerse con seguridad los porcentajes de realidad e idealidad en los Comentarios, demuestra hasta qué punto están imbricados.

El tono laudatorio con que Garcilaso trata la cultura inca otorga a ésta un aspecto ejemplar, similar al de las utopías. Mostrar al imperio como un posible paradigma tal vez no estaba lejos de los propósitos del autor, pero conforme se avanza en la lectura se tiene la sensación del fracaso de este propósito, ante la imposición de los hechos. Una utopía se desarrolla en un espacio y un tiempo ideales. En los Comentarios, subsisten el espacio y el tiempo reales; los de la destrucción, los que cierran definitivamente el ciclo inca.

Sólo queda la posibilidad de la memoria: "Yo, suscitado del deseo de la conservación de las antiguallas de mi patria, esas pocas que han quedado, porque no se pierdan del todo, me dispuse al trabajo tan excesivo..." (Libro VII, Cap. VIII).

VII. UN 'EUROPEO ATIPICO'

Las notas biográficas incluídas al comienzo de este informe son deliberadamente breves, ya que, por una parte, habría sido reiterativo mencionar aspectos que varios autores han trabajado exhaustivamente (bibliogr. 1, 5, 10, 12, 18, 22, 24, 25, 29) y, por otra, opinamos que la persona de Garcilaso aparece bosquejada de manera inmejorable a través de las referencias que, en los Comentarios, hace de sí mismo. Estas referencias son como irrupciones que rompen el tono general, que quiere ser objetivo. Es notable que, conforme los acontecimientos que narra van acercándose a su propia historia, las irrupciones se hacen más frecuentes e íntimas.

¿Cómo aparece, entonces, Garcilaso en su obra? Son abundantes las citas en las que se presenta como testigo directo de lo que escribe: se refiere al agüero de los sacrificios, "otras cosas miraban, que no sabré decir cuáles, porque no las noté; de las dichas me acuerdo, (...) que como niño acerté a entrar en ciertos corrales donde indios viejos, aún no bautizados, estaban haciendo este sacrificio; no del Raimi, que cuando yo nació ya era acabado, sino en otros casos particulares (...). De éstas me acuerdo porque las oí hablar a los indios que hallé haciendo el sacrificio, preguntándose unos a otros por los buenos o malos agüeros, y no se recataban de mí por mi poca edad" (Libro VI, Cap. XXII).

Pero el aspecto más saliente es su condición de mestizo, privilegio y condena al mismo tiempo: "Aunque ha habido españoles curiosos que han escrito las Repúblicas del Nuevo Mundo (...), no ha sido con la relación entera que de ellas se pudiera dar, que lo he notado particularmente en las cosas que del Perú he visto escritas, de las cuales, como natural de la ciudad del Cozco (...), tengo más larga y clara noticia que la que hasta ahora los escritores han dado" (Proemio al lector). "...no finjo fábulas, sino que mis parientes las finjieron, y que también las alcanzaron los españoles, mas no en las mantillas ni en la leche, como yo" (Libro V, Cap. XVIII). "...y supiera cómo y con qué lo embalsamaban (se refiere a cuerpos de reyes incas), que a mí por ser hijo natural, no me lo negaran,

como lo han negado a los españoles" (Libro V, Cap. XXIX). "Yo traté los **quipus** y nudos con los indios de mi padre y con otros **curacas**, cuando por San Juan y Navidad venían a la ciudad a pagar sus tributos. Los **curacas** ajenos, rogaban a mi madre que me mandase les cotejase sus cuentas, porque como gente sospechosa, no se fiaban de los españoles que les tratarasen verdad en aquel particular, hasta que yo les certificaba de ella, leyéndoles los traslados que de sus tributos me traían y cotejándolos con sus nudos, y de esta manera supe de ellos tanto como los indios" (Libro VI, Cap. IX). En todas estas citas muestra Garcilaso un sentimiento de orgullo ante su condición de mestizo, que resulta una ventaja. Sucede lo mismo con el dominio del quechua (7). Valoraba seguramente la importancia del conocimiento de la lengua para la comprensión profunda de una cultura. No olvidemos que Garcilaso manejaba a la perfección no sólo el castellano y el quechua sino también el toscano y el latín. Desde este tema de la cultura y el lenguaje, su posición como mestizo resulta indudablemente ventajosa. Hasta tal punto lo considera así, que se permite erigirse en autoridad ante quienes fueron sus condiscípulos en sus años juveniles (con una sola excepción, todos mestizos también): "...yo harto hago en señalarles con el dedo desde España los principios de su lengua, para que la sustenten en su pureza, que es cierto es lástima que se pierda o corrompa, siendo una lengua tan galana" (Advertencias). "De este paso y de otros muchos se puede sacar lo mal que entienden los españoles aquel lenguaje (el quechua), y aún los mestizos, mis compatriotas, se van ya tras ellos en la pronunciación y en el escribir, que casi todas las dicciones que me escriben de esta mi lengua y suya, vienen españolizadas (...), y yo les he reñido sobre ello" (Libro VI, Cap. XXIX).

En ocasiones, Garcilaso asume con humildad su calidad de mestizo: "De mi parte he hecho lo que he podido, no habiendo podido lo que he desado. Al discreto lector suplico reciba mi ánimo, que es de darle gusto y contento, aunque las fuerzas ni la habilidad de un indio, nacido entre indios y criado entre armas y caballos no pueden llegar allá" (Libro I, Cap. XIX); aunque no podamos descartar quizás un matiz irónico.

Pero bastará remitirnos a una anécdota de los años juveni-

les, que el Inca intercala entre la larga lista de los cultivos traídos de España, para advertir la magnitud del rechazo que pudo sentir a propósito de su situación: "(Trajeron en 1555 o 1556 para su padre, tres espárragos enormes, que eran los primeros que nacían en América), ...Cocidos los espárragos, trajeron aceite y vinagre, y Garcilaso, mi señor, repartió por su mano los dos más largos, dando a cada uno de los de la mesa, un bocado, y tomó para sí el tercero, diciendo que le perdonasen, que por ser cosa de España, quería ser aventajado por aquella vez. De esta manera, comieron los espárragos con más regocijo y fiesta que si fuera el ave fénix, y aunque yo serví a la mesa y hice traer todos los adherentes, no me cupo cosa alguna" (Libro IX, Cap. XXX). Pensemos que este episodio no era excepcional en una ciudad en la que las uniones de hecho entre conquistadores e indias habían dado ya una abundante descendencia, cuyo trato desde los progenitores marcaba una diferencia insalvable para con los hijos legítimos de sangre española.

Quizá resulte llamativo el cierre de este informe con el tratamiento de un tema aparentemente ajeno al problema específico del espacio. Sin embargo, si pensamos en Garcilaso, separado por miles de kilómetros de su país natal, sintiendo el desarraigo como una experiencia física de la distancia, con la conciencia de ya no poder volver jamás, no podemos menos que conectar irremediabilmente los temas de mestizaje, desarraigo y espacio. Consideramos al mestizo un desarraigo interior, un hombre que dentro de sí tiene que salvar la distancia que lo separa de su yo-otro. Garcilaso está exiliado aún antes de haber partido a España y su viaje nace de su misma condición de mestizo, ya que debe reclamar ante la corte sus derechos como hijo del Capitán Garcilaso de la Vega quien, al casarse con una dama española y tener dos hijas con ella, lo ha prácticamente desheredado. La permanencia del Inca en España adquiere un carácter ambiguo, porque si bien es el Consejo de Indias quien le niega el permiso para volver al Perú, esto parece ser aceptado por él con estoica resignación. No es casual que en ese preciso momento, el cronista decida abandonar el nombre impuesto por su padre, Gómez Suárez de Figueroa, para adoptar definitivamente el de Inca Garcilaso de la Vega, con que parece asumir su doble ascendencia.

Al momento de escribir los Comentarios, la distancia espacial que separaba a Garcilaso de su patria, se ha dilatado por la acción de tiempo. La vejez debió acentuar sin duda la nostalgia y la melancolía que están presentes en tantos pasajes, haciendo más patente la conciencia de lo irremisible de su exilio. Tal vez aquí encontremos una de las causas del modo en que el Inca describe su ciudad: ese afán por poner ante sus ojos las imágenes de lo que ya no vería nunca más.

Si bien la siguiente cita pertenece a la segunda parte de los Comentarios, que nosotros no hemos trabajado, nos gustaría terminar con ella este informe: "Ejecutada la sentencia en el buen príncipe (Tupac Amaru, último vástago de la sangre real de los incas, sentenciado a muerte por el virrey Francisco de Toledo) ejecutaron el destierro de sus hijos y parientes a la Ciudad de los Reyes, y el de los mestizos a diversas partes del Nuevo Mundo y Viejo, como atrás se dijo, que lo antepusimos de su lugar, por contar a lo último de nuestra obra y trabajo lo más lastimero de todo lo que en nuestra tierra ha pasado y hemos escrito, porque en todo sea tragedia, como lo muestran los finales de los libros de esta segunda parte de nuestros Comentarios. Sea Dios loado por ello" (Libro V, pág. 250-251) (bibliogr. 13). Así, este hijo renacentista del Perú llevaba a la dignidad literaria aquel lamento de sus antepasados: "Trocósenos el reinar en vasallaje" (Libro I, Cap. XV).

CONCLUSIONES:

A lo largo de la lectura de los Comentarios, fuimos acompañando a Garcilaso en su especie de itinerario por el mundo de sus antepasados y con él asistimos al fracaso de su esquema providencialista. En definitiva, este fracaso no hace más que realizar su propósito de presentar en forma superlativa la civilización inca. El encuentro armónico de aquellas dos partes de una unidad dividida, se transforma en el aniquilamiento de una a manos de la otra. El profundo dolor que experimenta Garcilaso confirma precisamente su condición de 'europeo atípico', de mestizo, ya que es como si una parte de sí se hubiera empeñado en destruir a la otra (cosa que, obviamente, no se logra del todo).

Creemos haber comprobado largamente nuestras hipótesis iniciales. Garcilaso Inca de la Vega, como también gustaba llamarse, es un 'europeo atípico' por su constante acudir a categorías occidentales para explicar contenidos no occidentales, lo que de por sí no constituiría una novedad porque es lo que los europeos hicieron con América desde el comienzo (asimilarla), si no aclarásemos que el cronista no lo hace por considerar superiores sin más los valores europeos, sino para demostrar que precisamente esos valores ya habían tenido su máxima expresión en la cultura incaica. La atipicidad de Garcilaso proviene de su mestizaje: de allí que la 'utopía retrospectiva' del imperio inca, esta particular construcción de un espacio y un tiempo ideales y reales a la vez difiera de la añorada Edad de Oro y de las utopías proyectadas por los europeos. Y difiere sobre todo porque el encuentro de lo ideal y lo real, de lo que debió ser y lo que en verdad fue, se produce en el interior mismo del autor. Son sus dos partes las que no terminan de armar correctamente el rompecabezas: por eso la angustia, la nostalgia, la melancolía. El hecho de que no todo lo sucedido y que el Inca relata entre a la perfección en el esquema por él planteado no invalida, más bien refuerza, nuestro punto de partida.

Tal vez el presente trabajo padece de cierta desprolijidad en la exposición, la que seguramente es consecuencia de un inevitable compromiso contraído con el autor de los Comentarios. Su problemática es muy cercana a nosotros, como hijos de un proceso de mestizaje cultural de cuyos comienzos Garcilaso deja un vívido testimonio. Estamos seguras de no haber podido trabajar de otra manera.

NOTAS:

- (1) La descripción que Garcilaso hace del mundo guarda similitud con la aparecida en uno de los tantos tratados de divulgación de fines de la Edad Media, el **Mappenonde** de Pierre, que data de 1217 (citado por Arciniegas, bibliogr. 2).
- (2) La frase con que Garcilaso advierte a los que no creen en

la unidad de la tierra, parece recordar el terrible fin de Giordano Bruno, uno de cuyos postulados era precisamente la multiplicidad de los mundos.

- (3) Ver también Libro 5, Cap. XXVIII y Libro 9, Cap. XIV.
- (4) "No conviene detenerse en razones de la imaginación sino en hechos sacados de la experiencia y en teorías verosímiles" (Pierre D'Ailly, citado por Arciniegas, bibliogr. 2).
- (5) Ver además Libro I, Cap. XVII, Cap. XX; Libro IV, Cap. XV, Cap. XVI, Cap. XVII, Cap. XVIII, Cap. XXIII, Cap. XXIV, Cap. XXV; Libro VI, Cap. XXXII, Cap. XXXIV; Libro VII, Cap. XIX, XXVI; Libro VIII, Cap. I al VIII; Libro IX, Cap. II al XI.
- (6) Ver Libro IV, Cap. I y II; Libro V, Cap. II, X, XX y XXII; Libro VI, Cap. IV; Libro VII, Cap. XXVII al XXIX; Libro IX, Cap. I.
- (7) Ver Libro II, Cap. VII.

*

BIBLIOGRAFIA

- 1- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE. Historia de la Literatura Hispánicoamericana. Breviarios 89, Fondo de Cultura Económica, México, 1954.
- 2- ARCINIEGAS, GERMAN. América en Europa. Sudamericana, Buenos Aires, 1975.
- 3- ARCINIEGAS, GERMAN. Historiadores de Indias. Colección Clásicos Jackson, Buenos Aires, 1949.
- 4- AROCENA, LUIS ALBERTO. El Inca Garcilaso y el Humanismo Renacentista. Biblioteca de Estudios MAIA, Círculo de Profesores de Historia, vol. 4, Buenos Aires, 1949.

- 5- AVALLE ARCE, JUAN BAUTISTA. El Inca en sus Comentarios. Editorial Gredos, Madrid, 1964.
- 6- CASSIRER, ERNST. Antropología Filosófica. Colección Popular 41, Fondo de Cultura Económica, México, 1977.
- 7- CASTELLAN, ANGEL A. Variaciones en torno a la Cosmoantropología del Humanismo. Anales de Historia Antigua y Medieval, vol. 14 y 15, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1970.
- 8- COHEN, BERNARD. El nacimiento de una nueva física. Colección Ciencia Joven, EUDEBA, Buenos Aires, 1977.
- 9- COSSIO DEL POMAR, FELIPE. El Mundo de los Incas. Breviarios 205, Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- 10- DE LA RIVA AGUERO, JOSE. Elogio del Inca Garcilaso de la Vega (Prólogo a los Comentarios Reales), Emecé, Buenos Aires, 1944.
- 11- DELLA MIRANDOLA, PICO. Discurso sobre la dignidad del hombre. Goncourt, Buenos Aires, 1977.
- 12- GERZENSTEIN, ANA.
- 13- ILGEN, WILLIAM. La Configuración Mítica de la Historia en los Comentarios Reales del Inca Garcilaso de la Vega. Estudios de Literatura Hispanoamericana en honor a José J. Arrom. Chapel Hill, North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures. U.N.C., Department of Romance Languages, 1974.
- 14- IMBELLONI, JOSE. Religiosidad Indígena Americana. Col. Estudios Antropológicos y Religiosos, Ediciones Castañeda, Buenos Aires, 1979.
- 15- INCA GARCILASO DE LA VEGA. Primera Parte de los Comentarios Reales de los Incas. En Obras Completas, Biblioteca de Autores Españoles, Tomo CXXXIII, Ediciones Atlas, Madrid, 1963.

- 16- INCA GARCILASO DE LA VEGA. Comentarios Reales de los Incas. Colección de Autores de la Literatura Universal, vol. IV, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, Montevideo, 1963.
- 17- LAGMANOVICH, DAVID. Literatura Hispanoamericana, Clases 1985. SIM Apuntes, Buenos Aires, 1985.
- 18- LOPEZ, CASTO FULGENCIO. Relación muy breve y elogiosa de Garcilaso Inca de la Vega, primer escritor criollo del Perú. Caracas, 1944.
- 19- Mapa del Imperio Incaico y de la Conquista Española según los Comentarios Reales del Inca Garcilaso de la Vega. Emecé, Buenos Aires, 1943-44.
- 20- MARAVALL, JOSE A. Utopía y Reformismo en la España de los Austrias. Siglo XXI, Madrid, 1982.
- 21- MONTAIGNE, MICHEL DE. Ensayos. Selección, traducción, estudio preliminar y notas por Ezequiel Martínez Estrada. Clásicos Jackson, vol. XIII, Buenos Aires, 1956.
- 22- NOBILE, BEATRIZ DE. Selección, Estudio Preliminar y notas a los Comentarios Reales del Inca Garcilaso de la Vega. Kapelusz, Buenos Aires, 1971.
- 23- RANDALL, JOHN. La formación del pensamiento moderno. Nova, Buenos Aires, 1942.
- 24- RODRIGUEZ DEL BUSTO, N. Fr. Bartolomé de las Casas y el Inca Garcilaso. Conferencia pronunciada en la Junta de Historia y Numismática Americana de Buenos Aires, Tucumán, 1932.
- 25- SANCHEZ, LUIS ALBERTO. Historia Comparada de las Literaturas Americanas, tomo 1. Desde los orígenes hasta el Barroco, Editorial Losada, Buenos Aires, 1973.
- 26- SCIACCA, MICHELE F. ¿Qué es el humanismo? Editorial Columba, Buenos Aires.

- 27- SEJOURNE, LAURETTE. América Latina, I-Antiguas Culturas Precolombinas. Historia Universal, Tomo XXI, Editorial S. XXI, México, 1986.
- 28- TODOROV, TZVETAN. La Conquista de América. La cuestión del otro. Editorial S. XXI, México, 1987.
- 29- VALBUENA BRIONES, ANGEL. Literatura Hispanoamericana, Tomo V.

)(